LA NOVELA CORTA UNA BIBLIOTECA VIRTUAL

JUAN GARCÍA PONCE

Unión

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

Unión
© Herederos de Juan García Ponce

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D. F.

Diseño de la colección: Patricia Luna
Ilustración de portada: D.R. © Abraham Bonilla

ESN: 5601912102919222501

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

Una imagen: un tiempo que fue, que ya no le pertenece a nadie y sin embargo... 5

A Michèle

Lo múltiple, en cuanto múltiple, no es.
MEISTER ECKHART

Una imagen: un tiempo que fue, que ya no le pertenece a nadie y sin embargo, ha encontrado su lugar, tiene un espacio, y está en esa imagen, vivo e inmóvil. En ese espacio, la luz de la risa y el resplandor de la luz. Porque era suya la juventud estaba en el mundo. El infinito se encierra en un instante y luego se desmorona, absorbido por su fugaz esplendor, como la ola cuya cresta resplandece afirmándose antes de romper sobre la playa y acariciando la arena perderse en su abierta materia. El sol debería encontrarse justo sobre su cabeza. Brillaba en su pelo castaño y había producido esa única sombra en la que, exactamente bajo su cuerpo, no parecía ser más que sus largas piernas abiertas. Con su pequeño traje de baño de dos piezas, tenía el tronco in-

clinado hacia adelante, la cabeza levantada, mirando hacia el frente, donde debía estar el mar, y las manos apoyadas en los muslos. Tras su joven figura, la franja de arena terminaba en un muro de arbustos. El cielo incoloro estaba arriba.

La imagen era un solo, alto grito alegre. Nicole tenía la pequeña fotografía sujeta con el pulgar y el índice. Un momento antes la había visto con asombro y ternura. Era ella lejos, lejos como todo lo que de pronto salía a su encuentro de entre sus papeles. La lluvia resbalaba sin ruido sobre los cristales de la ventana, dibujando y borrando formas sin sentido en los vidrios y más allá, las brillantes hojas de los truenos parecían sacudírsela sorprendidas, como si los árboles fuesen enormes y perezosos animales que se levantaran de pronto, inquietos y molestos al sentir su piel mojada. Tal vez hacía frío en el cuarto; pero Nicole esperaba a gusto, tendida sobre la estrecha cama, gozando de su no hacer nada, aunque José no podía tardar mucho y tendría

hambre, como de costumbre. En la pared contraria, la cama igualmente estrecha de él hacía esquina con la suya, uniendo las dos cabeceras de manera que, juntas, las camas formaban una especie de simétrica ele. Algunas noches, Nicole despertaba de pronto y sin moverse, se dejaba sentir la callada separación del cuerpo de José dormido allí, en su cama, perpendicularmente al suyo, hasta que la vida de ese cuerpo flotaba con una rara dulzura sobre toda la oscuridad del cuarto. Ése era el amor, grande y silencioso, incierto y cálido como la suavidad de la lana de la manta en la que ella se arrebujaba entonces; pero quizás sólo era el amor porque lo había sido y ahora ellos vivían de la misma manera que sus dos ascéticas camas, sin ninguna molicie, unidos en un solo punto, perpendiculares uno al otro. Nicole se obligó a mirar de nuevo la fotografía. Al otro lado de ella, enfrente, con la cámara en la mano, tenía que haber estado José, invisible ahora. José invisible y sin embargo, en-

frente. Así era él. Nicole recordaba el momento en que le tomara esa fotografía. Muy cerca deberían estar su madre, su hermana y el que sería su cuñado. Después ella y José habían corrido, uno junto al otro, sin tocarse, alejándose de la gente que llenaba la playa y después ella se quitó el minúsculo traje de baño para que la retratara desnuda, pero en vez de fijar su imagen, José la tuvo entonces, por primera vez.

Estaba allí, en la fotografía, un momento antes. Tenía dieciséis años cuando hicieron ese viaje al mar. El mar de nuevo, por primera vez desde que llegaran cuatro años antes por barco a ese mismo puerto, que para entonces ya era otro. Ella y José llegando en barcos distintos, en diferentes fechas, desde puertos aparte a un mismo lugar y encontrándose finalmente porque habían pasado tantas cosas en las que su voluntad no intervino. Y ahora ese último instante lejano en el que por última vez era nada más ella sola con su amor había aparecido, fijo en la fotografía. No estaba

en su memoria; se mostraba en esa imagen, afuera, independiente. Nicole hizo un esfuerzo y sólo consiguió recordarse de pie frente a otra ventana, con el ajeno cuarto de hotel a su espalda. Más allá se extendía incesante el mar, blanco, surcado por las movibles rayas plateadas de las olas. Su largo pelo castaño, sujeto con un cordón, humedecía aún en su espalda la tela azul claro del vestido y, eso era lo principal, una abeja se estrellaba una y otra vez contra el vidrio sin que ella se moviera. Después estaban todos sentados alrededor de una mesa, en la sombra de los portales.

—¿Te duele? —preguntaba José en voz baja, cuando parecía imposible que la música de la marimba permitiera que nadie más que ella lo escuchara, pero su madre había oído también.

—¿Qué es lo que le duele?

—Ya no —decía ella—. Era la cabeza; un poco nada más.

La felicidad de la sonrisa de José y la de ella por esa sonrisa. Nicole había sido todo eso, con

José: lo que no se puede apresar. Lejos, lejos. Y sin embargo, ahora sólo tenía veintiún años.

▪ ▪ ▪ ▪

10

Desde la altura del portal del colegio, apoyada en la balaustrada de piedra, un momento antes de que sonara la campana llamándolos a clase, con mocasines, su falda azul y su suéter amarillo de mangas cortas en el que empezaban a insinuarse sus pechos, miraba a José, que todavía no la miraba, conversando cerca de la reja con dos amigos y conocía a uno de ellos. Semanas después, muy pocos días antes de que empezaran las vacaciones, ese amigo, al que Nicole le gustaba, los había presentado con la gravedad del que permite que alguien al que estima se acerque a un objeto en el que se encuentra toda la belleza. Estaban en la avenida donde se hallaba la vieja casona convertida en colegio, bajo los enormes fresnos, estorbando el paso de los muchos transeúntes, a un lado del incesante movimiento del tráfico.

Entonces la ciudad resultaba mucho más limitada y parecía ser de ellos, que no se veían más que a sí mismos. Nicole traía el viejo portafolio con la calcomanía infantil en el que se apretaban todos sus libros y cuadernos, y avergonzada de su ligerísimo acento puso un especial cuidado en la elección de sus pocas palabras. Empezaron a caminar juntos. Ella entre los dos, escuchándolos.

—Tú que eres medio francesa, ¿has leído a Paul Valéry? —le preguntó de pronto José, tal vez sólo para hacerla entrar a la altura en que se movían él y su amigo.

Y ella, que era medio francesa, no había leído, pero había visto y hojeado un libro de Paul Valéry y eso era como haberlo leído.

¿Cuál es la poesía, para qué son los libros? Ellos no eran nada todavía, pero José llevaba un libro bajo el brazo cuando al fin, solo, se decidió a tocar en la casa de Nicole un día. Luego resultó que podían encontrarse y nadar juntos en el mismo club. Nicole se sentía avergonzada

también al pedirle que fuera a comer con ella, sobre el pasto, a pesar de que todas las familias hacían lo mismo, porque José, en cambio, pare-

cía tener la suerte de no tener familia; se sentía avergonzada de las acuarelas que su padre pintaba y colgaba en la sala de su casa; pero José no parecía verlas mientras la esperaba de pie en esa sala, sin sentarse nunca, con un libro bajo el brazo. Luego sólo era posible caminar, caminar sin rumbo, siempre por las mismas calles y en algún momento sentarse en la banca del pequeño parque cercado por los edificios, no lejos del colegio, donde a veces los sorprendía algún conocido, que se quedaba a conversar sin que supieran cómo desprenderse de él.

Todo era fácil entonces, para ellos dos al menos. Se casaron cuando Nicole terminó el primer año de facultad porque las vacaciones se abrían adelante y ya no era posible seguir sin un lugar suyo.

▪ ▪ ▪ ▪

Se estudia letras clásicas y se es lo suficientemente pedante para poder amar a Catulo y Tibulo, insistir en la lectura de las *Geórgicas* y como se ha estudiado latín desde mucho antes, intentar traducirlos desde el primer año, mientras se siguen las historias de Grecia y de Roma. Se llega a la facultad con el mismo portafolio maltratado con la calcomanía infantil que se usó en secundaria y se viste uno con faldas y suéteres y mocasines semejantes. Alrededor el mundo es una espuma luminosa sobre la que se flota como en una barca sobre un lago de luz. Una tarde se va a tomar el té a la casa de un maestro. Las paredes del departamento están cubiertas por libros, hay un gato enroscado en el boludo asiento de un viejo sillón y huele a polvo y orines. La mujer del maestro la pasa a la biblioteca; él se levanta detrás de un enorme escritorio para recibirla, le enseña unas traducciones y le pide su opinión. Toman el té allí, en la biblioteca. En las tazas blancas el transparente líquido dorado es como

el sol de la mañana. Nicole, el maestro y su mujer, sentados en medio del silencio que crean las paredes cubiertas de libros, son los tres vértices

de un triángulo, unidos por la segura línea que crea la conciencia de ella de la perfecta unidad del momento, dentro del que cada quien ocupa su sitio. Luego llega la hija del maestro y aunque tiene su misma edad, Nicole es diferente.

José la esperaba en un café, escribiendo a veces, y cuando Nicole llegaba hacía a un lado sus papeles y dejaba su pluma abierta sobre ellos para verla acercarse. En su casa, al novio de su hermana, que en unos meses se casaría con ésta y cuidaba a Nicole como a una hermana menor, no le gustaba José. Ella en cambio lo quería bien y sentía un vago placer discutiendo amigablemente con él sin que ni su madre ni su hermana intervinieran.

—No aprecia lo que tiene.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo veo. Ése no se quiere más que a sí mismo.

Nicole se reía.

—Tiene motivos. Y muy buen gusto. Yo también quiero eso que tú dices que él quiere.

—No sé para qué te ocupas de discutir con ella —se decidía al fin a decir la hermana, riéndose junto con Nicole.

Los domingos aprovechaban que todos se iban temprano al club para encontrarse a solas en el departamento. Nicole hacía su cama, ponía orden en el cuarto y se sentaba a leer en la sala. El departamento, quieto, en silencio, parecía quedarse aparte también durante esas mañanas, como si al hacerse dueños de él durante unas horas ellos tuvieran el poder de cambiar su carácter. El humo del cigarro de Nicole llegaba al chorro de luz que entraba por el gran ventanal de la sala y se extendía perdiéndose en sus puntos luminosos, que, en cambio, iban avanzando muy despacio por la alfombra, dándole una más precisa calidad a los intrincados dibujos de ésta. José hacía sonar al fin el timbre con una perso-

nal insistencia y cuando Nicole abría la besaba antes de que pudiese decir nada. En seguida iban al cuarto y él se desnudaba, sin hablar, concentrado y casi distante, dejando cuidadosamente su ropa sobre una silla, y se tendía en la cama. Entonces sólo existía su mirada, esa mirada penetrante como un cuchillo e igualmente dura, fría e impersonal que acompañaba a Nicole y la hacía ser lo que era con un alegre conocimiento secreto cuando, lejos de José pero dueña del recuerdo de los ojos fijos en su delicada figura, su sensualidad estaba simultáneamente dentro y alrededor de su cuerpo en los pasillos de la facultad; en alguna de las clases mientras miraba, distraída de pronto, por la ventana; en los camiones, donde leía siempre, ignorando la densa presión de la gente en su derredor. Y luego toda la dureza dejaba el paso en José a una rara dulzura que envolvía a Nicole y le hacía desear servirlo, gustarle, quedarse quieta dejando que él encontrara su propio placer, dueños los dos,

como en tan pocas ocasiones podían hacerlo, de un tiempo que no pasaba sino que se adhería a ellos transformándolos, haciéndolos borrosos, vagos, indeterminados, como la niebla a los árboles. La luz del día era entonces una transparente frialdad por la que viajaban suspendidos. Luego Nicole se ponía una bata sobre el cuerpo desnudo y reconocía los cambios del piso —alfombra, madera, mosaico— en sus pies descalzos. Hacía café, José se enfundaba en sus pantalones y lo tomaban en la sala, sentados sobre la alfombra. A través de la ventana no se veía más que el cielo sin nubes. Ésa sería, cuando estuvieran siempre solos, su vida.

—Nos están esperando. Tenemos que irnos —tenía que decir ahora, sin embargo, Nicole.

Pero José lograba que se quitara todavía la bata y se sentase desnuda en un sillón mientras él la miraba desde su lugar sobre la alfombra.

—Algún día voy a dibujarte todo el tiempo.

—¡Pero no sabes dibujar...!

—Eso no importa. Lo que importa es ver el espacio a tu alrededor.

La ternura de Nicole lograba entonces ven-

cer casi siempre el pudor y el súbito desamparo que ponía en su cuerpo la mirada de él.

▪ ▪ ▪ ▪

En el club, José se quedaba de nuevo aparte. ¿Dónde?, pensaba Nicole. Pero ella era aún la que había vuelto a hacer que la tomara sobre la alfombra y ahora podía estar en los dos lados, con su familia y con él, en el centro de una cuerda tirante, haciendo posible el equilibro. En cambio cuando iban a la casa de José no le pertenecía a nadie. Estaban las dos hermanas mayores y su hermano menor y su padre y su abuela. Todos miraban a Nicole sin saber qué decirle, sin encontrar su lugar entre ellos. Y sin embargo, la querían y admiraban, con excepción de la abuela, que estaba aparte, que ni siquiera parecía haber advertido cuándo y por qué Nicole había

aparecido en la casa. Vestida de negro, con trajes que se repetían uno al otro hasta hacerse uno solo, estaba sentada siempre en el mismo sillón de la sala, sin tejer, sin coser, sin leer, sin hacer nada, sentada simplemente, con las manos en el regazo, con los ojos muy abiertos, fijos en la inmóvil blancura de la pared de enfrente; pero a la hora de la comida se ocupaba de servirle al padre, sólo al padre, y casi no comía viéndolo comer. En la casa de José no se hablaba nunca de su madre y Nicole tardó mucho en decidirse a preguntarle qué había sido de ella.

—No quiso venir con nosotros al final de la guerra —le explicó José.

—¿Por qué?

—No lo sé. Nunca me lo han dicho.

—¿Y no la extrañas?

—Casi no me acuerdo de ella —contestó José.

Una de las hermanas, sin embargo, tenía un retrato. Fue la primera que buscó la amistad de Nicole. Estaba embarazada, su novio quería

casarse y ella tenía que darle la noticia al padre. Nicole recibió sus confidencias en el cuarto de las dos hermanas, a donde la había llevado to-

mándole inesperadamente la mano mientras subían la escalera, y le contó todo a José apenas estuvieron solos.

—No sabía nada —dijo él.

Pero esa misma tarde habló con su hermana, no en la casa, sino en un pequeño café, viejo y acogedor, pero con duras sillas de madera, al que solía ir a leer o escribir cuando su hermano ocupaba el escritorio del cuarto, en el que Nicole, que por lo general lo encontraba en otro café del centro o en la facultad, nunca había estado y en el que tuvieron que hablar en voz muy baja porque la cajera, que fingía leer sobre su alto banquillo tras las máquina sumadora, hacía todo lo posible por escuchar su conversación. El embarazo de la hermana empezaba a ser muy evidente; Nicole pensó que la cajera supondría que José era el culpable y todo el tiempo insistía en tomarle la

mano, aunque él parecía haberla hecho a un lado por completo mientras hablaba con la hermana. Luego llegó el novio y la besó en la mejilla. Nicole se alegró de que la cajera lo viese y entonces le pareció imposible que se pudiese pensar que José estaba con alguien que no fuera ella.

Estuvo presente el sábado al mediodía en el que, a la hora de la comida y con el apoyo de José, la hermana le dijo todo al padre. Se hizo un silencio muy grande antes de que el padre, que la había dejado hablar sin intervenir para nada, de modo que José era el que tenía que llenar las pausas, contestase al fin.

—Tendrás que casarte —dijo.

—Sí, eso es lo que queremos —contestó la hermana.

—¿Y tenéis dinero? —preguntó él.

—No mucho —dijo la hermana—. Pensamos trabajar los dos.

—Para ti no será posible ahora —afirmó el padre—. ¿Dónde pensáis vivir?

—En la casa de él, es bastante grande —susurró la hermana.

—No, vénganse aquí. Esta casa no es grande, pero cabremos. Dile a tu novio que quiero hablar con él —dijo el padre.

Luego siguió comiendo, servido como siempre por la abuela, y cuando al fin habló de nuevo fue para comentar con el hermano de José algo sobre la Facultad de Medicina, en la que aquél había empezado a estudiar ese mismo año. Sentada entre José y su hermano, tratando de no mirar a nadie, Nicole sólo podía pensar en que llegara el momento de levantarse de la mesa; pero después la hermana insistió en que subiera al cuarto.

Se sentó junto a Nicole en la cama, con la otra hermana enfrente.

—No hice nada malo, ¿verdad? No estoy arrepentida. Pero tengo vergüenza, aunque no quiera, tengo vergüenza —dijo, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No seas tonta, vamos a estar muy bien, estoy segura —comentó la otra hermana.

Nicole hubiese querido que José estuviera allí, pero él las había dejado subir solas. De pronto sabía que ellos dos estaban aparte y que quería estar siempre aparte y no volver a esa casa. Apenas pudo dejó a las dos hermanas en el cuarto. El hermano de José estaba acostado en una de las camas de la habitación que compartía con éste, estudiando. El cuarto tenía una ventana con balcón a la que casi llegaban las ramas de uno de los fresnos de la calle.

—Pasa —le dijo a Nicole cuando ella se asomó, y se sentó en la cama, dejando el libro a su lado.

—¿Y José? —preguntó Nicole, entrando.

—Subió a la azotea, a eso que él llama su estudio —dijo el hermano.

Nicole sonrió.

—Voy a buscarlo.

—No, espera. Por favor —dijo el hermano.

—¿Qué pasa? —preguntó Nicole.

—Nada. Quiero estar un momento contigo —contestó el hermano; pero después se quedó callado.

Nicole se adentró en el cuarto y se quedó de pie muy cerca de él, venciendo la tentación de acariciarle el pelo, turbada.

Al fin, el hermano levantó la mirada buscándole los ojos y le tomó la mano repentinamente, como si el gesto naciera contra su voluntad y fuese ajeno a él.

—Todo es muy triste —dijo—. No me gusta.

Nicole recordó las veces que había estado besándose interminablemente en ese mismo cuarto con José, sin decidirse a desvestir del todo; su cuerpo se llenó de un deseo sin objeto preciso, un deseo que nada más le pertenecía a ella, a su propia juventud y su belleza, y se sintió avergonzada, pero más consciente aún de la fuerza de ese deseo, que quizás cualquiera podía llenar una vez que había sido despertado sin que hu-

biese nadie a quien agradecer que fuese José el que la tuviera por primera vez sobre la arena, José al que ella miraba y había apartado antes que él la mirara. Sin embargo, ahora, en el cuarto, de pie junto al hermano, sólo se recordaba y se sentía a sí misma recibiendo allí los besos de José, estremecida recibiendo los besos de José, estremecida e impaciente ante las manos que no dejaban de tocarla. Apretó los dedos del hermano y le acarició el pelo con cariño, sintiéndose melancólicamente fuerte y sola.

—Vosotros sois diferentes, ¿no es así? Tú y José —dijo él.

—Sí —contestó ella.

El hermano apoyó entonces la cabeza en las piernas de Nicole.

—Yo te quiero mucho. A los dos —dijo.

Nicole se sentó frente a él, en la otra cama, sin soltarle la mano y los dos se quedaron así, inmóviles, un largo momento.

—Vamos a buscar a José —dijo al fin ella.

Bajaron juntos a la planta baja, salieron al patio trasero y subieron a la azotea por la ruidosa y empinada escalera de caracol. En el tendedero había varias blancas sábanas que ningún viento agitaba y las tupidas ramas de los fresnos en la calle eran un tranquilo mar verde. José estaba agachado buscando entre los libros que se amontonaban sobre el piso de madera sin pintar del pequeño cuarto con puerta de hierro y una sucia ventana que daba a la calle y cuyo único mueble era una maltrecha cama con un delgado colchón cubierto con una gastada manta verde.

—¿Ya terminó la escena? —le preguntó a Nicole, sonriendo.

—Tu hermana está muy deprimida —dijo ella.

—Se le pasará; no te preocupes. Todo ha salido como quería —dijo José, sin dejar de sonreír, y luego se dirigió a su hermano—. ¿Y tú?

—Aquí, con vosotros —contestó el hermano.

Nicole se acercó a José.

—Habría que ponerle un candado a esta puerta y que tú también te quedaras embarazada —dijo él, riéndose.

Luego propuso que salieran a dar una vuelta, pero el hermano no quiso acompañarlos y Nicole, sin decirlo, se lo agradeció. Ningún tiempo parecía suficiente para estar a solas. En las dos casas siempre había gente y las caricias y los abrazos resultaban exasperantemente incompletos. Entonces volvían a caminar incansables, por la ciudad, y se sentaban sobre cualquier pasto, de preferencia en algún parque, donde pudieran estar lejos del ruido del tráfico y de las miradas de los demás.

—Si tuviéramos algún amigo le pediríamos prestada su casa. O si tuviéramos dinero... —decía José.

Pero a ella le bastaba con estar sentada a su lado y ver aparecer de pronto sobre la azotea de algún edificio el arco tenso y misterioso de una delgada luna amarilla, alrededor de la cual

las nubes corrían tan rápidas como los días. El pasto ya sólo tenía su calidad de terciopelo y José empezaba a besarla.

Otras veces, en la facultad, se encerraban en un salón de clases vacío. José la obligaba a desabrocharse la blusa y le sacaba los pechos. Allí los sorprendió una tarde uno de los mozos. Nicole estaba a medio vestir y el mozo alargaba su escandalizado regaño para poder seguir mirándola, ignorando las palabras de José y sus esfuerzos por alejarlo, mientras Nicole lo miraba también, sin moverse, medio desnuda. Durante varios días no dejó que José la tocara, no porque estuviese avergonzada, sino porque había sentido la fascinación de saberse expuesta ante esa mirada y no era capaz de encontrarle lugar dentro de su amor a su perturbadora aceptación. Ésa a la que el mozo había mirado no era de nadie y ella sólo quería pertenecerle a José.

Empezó a verlo también desde afuera. Llegar al largo y profundo café en el centro donde

él, que cada año iba a menos clases en la facultad, la esperaba y entrar sabiendo que estaría sentado en una de las últimas mesas y no iba a darse cuenta de su presencia hasta que estuviera de pie, frente a él, junto a la mesa. Encontrarlo en algunas raras ocasiones con algún conocido y escucharlo hablar sin prestarle atención a ella ni darse cuenta de que el conocido no lo escucha, sino que sólo está pendiente de ella. Su amor por José es entonces algo que Nicole lleva consigo como si la vistiera y que la hace intocable. Pero luego, también, José sube con ella al cuarto de criadas en la azotea de su casa y desde la escalera su concentración en el deseo es tan grande que nada parece existir a su alrededor y Nicole flota de antemano, sin ninguna realidad, como un objeto al que las olas llevan de un lado a otro, en ese espacio donde al fin se encontrarán sobre la frágil y maltrecha cama con la gastada cubierta verde y donde la mirada de José es la misma que encuentra los domingos

en el departamento, cuando lo espera una vez que sus padres, su hermana y su cuñado se han ido al club.

Ese cuarto de criadas, hasta el que en cualquier momento llegará el grito de alguna de las hermanas diciendo que ya es hora de comer y el padre los llama, es el centro de su aislamiento y su diferencia; pero ¿cuándo empezarán a ser ellos dos solos? José, cenando en la casa de ella, no tiene nunca nada que decir. Nicole sabe que su cuñado lo juzga y siente la necesidad de protegerlo. Ahora el amor es una tierna fiereza. Sin embargo, no es en esos momentos cuando él parece desamparado. Es de noche, caminan por calles solitarias, muy despacio, por los tantas veces recorridos alrededores del antiguo edificio colonial que aloja la facultad, y al fin se sientan en los escalones de la entrada de alguna casa.

—Tú tienes que ayudarme —dice José.

—Sí, en todo. Siempre estaré contigo —contesta Nicole.

—Siempre: qué terrible palabra. Por ella todo se pierde en la distancia, como si resbaláramos alejándonos de nosotros, que no podemos saber hacia dónde vamos.

Luego se quedaba callado y Nicole sentía que era el presente el que se deshacía en mil pedazos y no existía ese momento en el que estaban sentados con las manos entrelazadas, delante de la puerta cerrada de una casa desconocida cuyo interior les era ajeno, frente a la inmensidad sin fondo de la noche, dentro de la que cada cosa se cerraba sobre sí misma: un árbol, el perfil de una azotea, las estrellas esparcidas en el cielo sin ninguna relación entre sí, indiferentes una a otra, igual que las cosas de la tierra; y sin embargo, de ese desamparo salía una forma de ternura, frágil y fuerte como una solitaria brizna de hierba agitada por el viento.

José hablaba para sí mismo:

—El amor no es para la vida.

—Dime qué es el amor —contesta ella.

—Lo que nosotros somos desde afuera, tal vez. Algo que vaga sin dueño.

—Pero yo te he encontrado.

—Tú no entiendes. El amor estaba antes.

Nicole se veía, sin José aún, niña todavía, sola en el baño, peinando ante el espejo su rizado y largo pelo castaño, para nadie, aunque los mayores decían que tenía el pelo muy bonito. En cambio, ahora advertía quién la miraba y cuándo. Pero ahora ella era de José.

Al llegar a su casa, todos estaban en la sala oyendo el radio y ella se encerraba en su cuarto a seguir buscando las palabras definitivas para alguna traducción. Pronto su hermana se habría casado ya y el cuarto sería sólo suyo. Iba a hacer muchos cambios en él. Nunca había tenido un cuarto para ella nada más. Pero lo que sentía entonces era el cariño que la unía a su hermana, esa vida pasada en vez de futura que no era de la que hablaba José y, sin embargo, debería ser la misma. Fue a su hermana a la primera que vio,

a punto de llorar ya, inclinándose hacia ella, cuando un árbol detuvo al fin la bicicleta que seguía sin frenos la pendiente de la calle empedrada del pueblo donde se refugiaron en Francia, después de la Guerra Civil. Y también iba del brazo de ella cuando no podían resistir la tentación de patinar por las resbaladizas aceras congeladas de ese mismo pueblo.

. . . .

Antes de que fuese la dueña absoluta del cuarto, salieron por última vez todos juntos de vacaciones. José y el que ya muy pronto sería definitivamente el cuñado de Nicole dormían en el mismo cuarto. Una mañana, antes de bajar a la playa, él entró de pronto a ese cuarto y la encontró besándose en la cama con José. Todos estaban en traje de baño. José se levantó de inmediato, pero Nicole se quedó acostada en la cama, incapaz de moverse, sintiendo nada más el súbito vacío, que acentuaba su semidesnudez, en el que la dejaba

el cuerpo de José al apartarse. Cerró un instante los ojos, con tiempo sólo para ver que su cuñado evitaba mirada. Después escuchó su voz.

—Lo que deberían hacer es casarse.

—Vamos a casarnos —contestó José.

Al oírlo, ella tuvo miedo de pronto y abrió los ojos. José y el cuñado estaban de pie, casi frente a la cama. José se veía muy joven y ella los quería a los dos: a uno por lo que era; al otro porque su vigilancia le daba orgullo. Se quedó quieta en la cama, segura de su belleza, contenta de poder seguir la breve discusión como si los dos hombres no supieran que estaba escuchando, con una oscura felicidad ante el hecho de ser el objeto de la escena, descubriéndose una maliciosa y alegre gana de que los dos la besaran en la cama y tuvieran su cuerpo, aunque, sin duda, al que ella amaba y con el que ella estaba era con José.

—¿Cuándo? —preguntaba en tanto el cuñado.

—Muy pronto. Antes que ustedes quizás —respondió José.

—Espero vivir para verlo. Y para ver qué pasa, sobre todo —contestó el cuñado.

Luego se volvió hacia Nicole.

—Tu madre los está esperando.

Nicole se vio a sí misma bajo la mirada de él, sobre la colcha blanca, con su breve traje de baño rojo y sus largas piernas y sonrió sin ninguna vergüenza.

—Sí, ya vamos —dijo.

El cuñado salió del cuarto sin mirar a José.

—Tú le gustas —dijo éste, apenas el cuñado hubo salido.

—No seas tonto —contestó Nicole—. Le gusto porque quiere a mi hermana y ve a mi hermana en mí.

Pero José ya no la escuchaba, sino que estaba mirándola también. Nicole se levantó y le echó los brazos al cuello. Su cuerpo pegado al de José era parte de él. Le agarró el sexo por debajo del traje y los dos cayeron abrazados en la cama del cuñado.

▪ ▪ ▪ ▪

Todo eso era su amor de joven. No se casó antes que su hermana, pero sí unos cuantos meses después, de modo que casi no tuvo para sí el cuarto que desde su llegada compartían las dos. Su madre estaba desconsolada y feliz.

—Tal vez podrían acomodarse aquí.

—No, mamá. José ya tiene la experiencia de lo que es la vida de su hermana en su casa. Y a mí tampoco me gustaría.

—Pero ¿de qué van a vivir?

—Él ya tiene un trabajo y yo voy a tratar de encontrar algo.

—La verdad es que ninguno de los dos sabe hacer nada. Al menos espero que vengan a comer todos los días.

—Lo mismo nos ha dicho la hermana de José.

Estaban las dos en el cuarto de Nicole, que ya tenía una sola cama, y de pronto ella sentía una inexplicable nostalgia. Era extraño que las cosas pudiesen ser así o de la manera opuesta sin que nada justificara una u otra dirección. Había

crecido y estaba enamorada; sin embargo, también podría haber vivido siempre en el pueblo gris y rojo al que llegara niña y terminar dando clases en los oscuros salones donde estudió. Esa posibilidad ya no existía; pero tampoco parecía haber existido la niña que fue.

—No te preocupes, mamá. Todo saldrá bien —decía para cerrar ese inesperado vacío.

—¿Lo quieres, Nicole? ¿Estás segura? Si lo quieres, es cierto que todo saldrá bien —contestaba su madre.

José era entonces un futuro sin duda. El amor de Nicole se abría grande y tierno como un animal solitario y ella tenía que guiarlo. Y por eso, advertía que su madre había sido una sombra necesaria bajo la que uno se resguarda. Bajo el soplo fresco de un aire lejano, Nicole volvía a querer ser pequeña y contarle todo, pequeña como cuando se arrebujaba bajo las mantas en el cuarto a oscuras, viendo a través de la ventana el largo chorro movible de luz de los reflectores an-

tiaéreos buscando su objeto en el cielo, mientras su hermana quizá esperaba a su lado fingiendo también dormir, y su madre entraba un instante a besarlas, vestida de enfermera, trayendo la seguridad, pero sólo para dejarla en seguida definitivamente sola, tan sola que el hecho de saberse llorando le impedía pasarse a la cama de su hermana, separada de la suya por el enorme vacío de la imposibilidad y sólo podía pensar en la mañana siguiente, cuando su madre, vestida todavía de enfermera, desayunaría con ellas y Nicole segura en su alegría no se decidiría a hablar de su temor de que las bombas le impidieran ese regreso, no porque creyera en la posibilidad de que cayeran sobre la casa o sobre el hospital donde su madre debería estar, sino porque lo que iban a destruir era precisamente el camino que las unía. Y nunca habló, jamás se decidió a contar lo suyo, en ninguna época, con nadie, tal vez porque, contra lo que ocurría en sus pesadillas, su madre siempre regresaba y ella había terminado

por sentirse secretamente culpable de su miedo. Pero lo que no podía contar ahora no era un temor sino una felicidad, un resplandor extendiéndose sin fin, como el del primer día que empezó a nevar y todos los reflejos eran rosas y amarillos. Ella y sus compañeras de clase caminaron hasta el lago. Se respiraba un frío olor a pino y a nieve y cuando llegaron, el lago estaba helado; sobre su bruñida superficie el sol era un puro brillo; el múltiple llamado de un pájaro salió de entre el verde de los abetos y se extendió sobre esa limpia cubierta, tan pura como el cielo. El aliento se cortaba entonces dentro de uno y la felicidad era una vergüenza que había que guardar.

▪ ▪ ▪ ▪

El trabajo que José consiguió lo llevaba a un mundo ajeno a los dos. Sin embargo, también era hermoso entrar y salir de él, sintiéndose aparte, decididos a no dejarse agarrar nunca, apoyados uno en el otro y, en contraste, la soledad que les

daba para encontrarse de nuevo hacía parecer más suyo el aislado cuarto de la pensión en la que vivieron primero.

Ahora José tenía que estar ocho horas en una improvisada oficina cuya penumbra obligaba a dejar siempre prendido el único, sucio foco sin lámpara que colgaba del alto techo. Unas húmedas y olorosas bodegas, profundas como una cueva, ocupaban el primer piso; el ruido de los camiones de carga era un continuo zumbido de monstruosos insectos alrededor del cuarto y José escribía una interminable cadena de cartas en inglés y francés, penetrando los secretos del mercado de cacao.

—Es un buen ejercicio —le había dicho a Nicole; pero ella sabía que no era cierto y el empleo que consiguió en la librería francesa era un lujo si se comparaba con el de José.

Iba a buscarlo y los dos trataban de convencerse de que nada era difícil y juntos podrían soportar mucho más. Al dueño de las bodegas

le gustaba verla llegar. Cuando Nicole entraba dejaba su pequeño escritorio y, gordo y pesado, respirando trabajosamente, se empeñaba en acompañarla al segundo piso, donde José empezaba a teclear en la anticuada máquina de escribir apenas oía los pasos en la escalera.

—No engaña a nadie —decía el dueño, tratando de hacerse cómplice de Nicole y al entrar preguntaba inevitablemente—: ¿Has dejado de mirar por la ventana?

La sonrisa de José era conmovedoramente forzada y Nicole sentía ganas de reírse y de abrazarlo.

—Ya vinieron a liberarte. Puedes irte —decía el dueño.

Había tiempo todavía de ir al café en el que se encontraban antes de casarse.

▪ ▪ ▪ ▪

Caminaban hasta él tomados de la mano, sin aceptar nunca, cuando estaban juntos, la nece-

sidad de un camión y poco a poco la ciudad se iba haciendo otra vez suya, conocida en vez de ajena y, por eso, capaz de mostrarlos más claramente uno al otro. Nicole sabía que era indispensable que José encontrase otro trabajo, pero él lo negaba.

—Así es mejor. Estoy totalmente separado de todo. Y en el fondo, el patrón nos quiere. Lo haces feliz cuando llegas y te lleva hasta mí.

—No se trata de eso. Somos nosotros los que contamos —decía ella y pensaba en su madre, buscando siempre lo mejor, protegiendo a todos, guiando a su padre.

—¿Esperabas algo mejor?

—Sabes que tú eres lo mejor.

—Nosotros, nosotros somos lo mejor, di siempre nosotros —la corregía José.

¿Quién eran ellos? Nicole pensaba que sólo ella sabía lo que estaban viviendo, y aún sin darse cuenta, lo guardaba, para luego, cuando fuese necesario. Eran su belleza y la pareja que camina

por las calles vacías. Eran su conciencia de José mientras Nicole estaba entre los libros en su trabajo y de vez en cuando llegaba con uno que a él debía interesarle. Eran los dos, sin tener que encontrarse, en el cuarto de la pensión, sabiendo que estaban en su casa, en su primera casa.

Subían directamente a ese cuarto por una empinada escalera de madera, con una raída alfombra de un color indefinido en el centro, al final de la cual tenían que pasar por dos puertas, afortunadamente siempre cerradas, antes de ganar el extremo del oscuro pasillo que terminaba ante su cuarto. La pensión era la misma a todas horas, sumida en un denso silencio, con un sabor dulce y un olor viejo. Tarde, por la noche, y al amanecer, el traqueteante ruido de los tranvías llegaba extrañamente cercano hasta el cuarto, a pesar de que no pasaban frente a la casa, sino a un lado de ella. No había árboles ante la ventana y José bromeaba diciendo que siempre supo que tendría que terminar en una pensión igual a las que odió en Francia.

Aunque tenían derecho a desayunar y cenar en el descuidado comedor, entre los fantasmales huéspedes, casi nunca hacían uso de él. Nicole, en bata todavía, preparaba en una pequeña estufa eléctrica el café para los dos y todas las mañanas tenía que tirar en una esquina la bolsa de papel en la que guardaba las cáscaras de naranja y los posos del café. Nadie los visitaba y sólo de vez en cuando aceptaban las invitaciones de sus dos familias. Cuando Nicole tenía que responder a las preguntas de su madre sobre cómo era su vida no había respuesta. Imposible decir lo que era entrar al cuarto y reconocer cada una de las pequeñas acciones de José antes de acostarse, recoger la ropa que ahora dejaba tirada en cualquier parte y ponerla cuidadosamente sobre una silla, escucharlo lavarse los dientes, entrar desnuda a la cama donde ya estaba él desde mucho antes mirándola de reojo moverse por el cuarto, como si no quisiera que sorprendiese la continua admiración de su belleza, y luego, cuando él

volvía a encender la luz de la lámpara, dormirse apoyada en su hombro mientras él leía hasta tan tarde que conseguir despertarlo por la mañana era una hazaña. A veces gozaban pensando que sus risas mientras se bañaban juntos deberían llegar hasta el cuarto vecino y eso los hacía reír más.

Al empezar el nuevo año, José obligó a Nicole a volver a la facultad. Él, en cambio, ya no iba nunca, ni siquiera de visita. Nicole regresaba sola al cuarto de la pensión, a su casa, segura de que la sensación de ser soltera que le daba asistir de nuevo a las clases y tomar café en las horas libres con sus antiguos conocidos, no le gustaba. Apenas terminaban las clases, regresaba al cuarto y esperaba allí a José. Todavía le hacía sentir orgullosa la preferencia de algunos maestros, pero lo otro era más importante y ahora era más consciente de ello. Traía flores, abría la ventana, ordenaba sin leerlos los papeles de José, una y otra vez, y esperaba. Lo peor era que la señora

de la pensión entrase a hablar con ella. Entonces sólo era consciente del temor de que José llegara antes de que la vieja se fuese.

Aunque los domingos van al club como cuando eran novios y al salir de la piscina Nicole oye comentar de pronto a una de las viejas sentadas en las sillas de lona que son una pareja muy bella y se tiende contenta al sol, con la cara sobre los brazos, al lado de José que ha cerrado los ojos, mirándolo, igual que luego seguirá viéndolo cuando después de comer se aparta de la familia de ella y se acuesta, lejos, a leer sobre el pasto dejándola sola para que le diga una vez más a su madre que no les falta nada, su amor se ha hecho cerrado. Está ahí, entre los dos, con una mágica independencia de ellos mismos, sordo, silencioso, a veces inapresable, separándolos de todo y de todos, imponiéndoles sus exigencias. No es como el amor que Nicole reconoce entre su hermana y su cuñado, que se extiende tranquilo, sin pedir nada. Y Nicole no piensa quedarse embarazada.

Ella sólo es de José; tal vez ni eso siquiera; ella sólo es del amor que los dos crean. A veces siente ese amor concentrado allí, en su cuarto, cuando José está perdido en sus cosas, ignorándola a ella, como si fuese algo al que los dos tuvieran que entrar continuamente, una y otra vez, y que al mismo tiempo los envolviera siempre, cálido y tierno como una suave manta, haciendo más difíciles sus movimientos. Nicole pasa mucho tiempo sin hacer nada, echada— en la cama, esperando, olvidada de sí, y al acercarse José es como si se llenara un vacío y los dos entraran al espacio que hasta entonces había estado rodeándolos, vigilante, cercado en ese cuarto donde todo es conocido y nada les pertenece porque las cosas no tienen dueño, no los miran sino que los dejan ser en ellas. Y Nicole es tan feliz que quisiera llorar.

—¿Qué te pasa? —dice José.

—Nada. Estoy contenta —contesta ella.

Él se queda serio, tendido en la cama, mirando el techo, y al seguir la dirección de esa mirada

para Nicole la pared que los cerca se hace lejana y sus ojos tienen que volver a descansar en José.

—¿A dónde vas? —pregunta—. No puedo seguirte.

—A ningún lado —contesta José—. Siempre estoy aquí.

—No es cierto. Quiero que me lleves contigo —dice ella.

—No. Tú eres la que tiene que guardarme.

Y cuando no están juntos, Nicole lo siente a su lado; pero fuera del cuarto el espacio ya no es de su amor, sino de ella. A veces es casi un descanso.

—¿Qué hace José? —le pregunta algún maestro.

—Trabaja.

—¿En sus cosas?

—Sí, cuando puede. No tiene mucho tiempo.

Al hablar de él no lo tiene, sólo lo reconoce y ella está suelta, sin ninguna amarra, flotando en el mundo, que de pronto parece acercarse. De

nuevo es agradable caminar simplemente por los pasillos de la facultad, reconociendo en el patio con la fuente y los tristes naranjos a la gente, y entrarse en sus libros, donde los poemas esperan, inmutables. Su figura joven con el largo pelo castaño recogido con un cordón y cayendo luego sobre su espalda larga y esbelta, con sus suéteres y sus faldas, su inverosímil cintura, sus firmes caderas, sus piernas sin fin, tan naturalmente dueña de su belleza, tan olvidada de sí, a pesar de la pequeña raya vertical en la frente sobre las cejas perfectas y la alegre sonrisa entre los labios sensuales, responde desde lo alto de una escalera, mientras acomoda libros en el último estante, a la pregunta de un cliente en la librería y la admiración que advierte en él la obliga a reconocerse. Quisiera entonces que José fuese testigo de esa admiración, que le pertenece nada más a ella y que sólo ella puede entregarle. Pero entonces, por José, se gusta a sí misma y sigue la conversación del desconocido después de bajar de la escalera

y llevarlo a donde está el libro que supuestamente busca y que al despedirse deja olvidado sobre una mesa con revistas. Pero luego, el mundo se quedaba afuera. Desde la ventana, sintiendo a sus espaldas el llamado del cuarto, en el que todas las cosas reposan sumergidas en sí mismas, como si esperaran junto con ella la llegada de José, el vacío de ese espacio que guardaba su amor tomando su vida de él era una imagen del misterioso secreto que los unía apartándolos del transcurrir de afuera, tan dolorosamente solo e inexplicable. Nicole se volvía hacia el cuarto y su cuerpo era una cosa más entre las cosas, se salía de ella, haciéndose vasto e impersonal y al mismo tiempo recogido por ese cuarto en el que estaba su amor. Entonces sólo el amor era cierto, inexplicable y frágil como el principio de la luz al amanecer manchando apenas de verde la oscuridad del cielo en el que, arriba, todavía flota la luna.

▪ ▪ ▪ ▪

Atentos sólo a la realidad del otro, encerrados en su amor, no vivieron, sin embargo, mucho tiempo en la pensión. Muy pronto, José entró a dar clases en un instituto donde se enseñaba francés y alquilaron dos cuartos del mismo tamaño, sin ningún carácter y que parecían seguirse uno al otro, como vagones de ferrocarril, asentados en la azotea de un edificio de cinco pisos sin pertenecerle, con un improvisado baño al final de la segunda habitación y a los que se llegaba por una escalera de hierro que salía del patio trasero. Atrás estaban los cuartos de servicio de los departamentos. El ruido de sus pasos al subir hacía que Nicole recordara la escalera de caracol en la casa de José. La cómoda del antiguo cuarto de él fue a dar a la nueva casa, junto con el escritorio de Nicole que ya tenían en la pensión y entre los dos escogieron y compraron las bajas, largas y estrechas mesas con cojines que podían usarse como camas o sofás y que colocaron con las cabeceras unidas, siguiendo, perpendiculares

entre sí, los lados del ángulo que formaban dos paredes. Nicole escogió las cortinas de manta, José llegó con los tablones y ladrillos que de-

berían hacer las veces de libreros y la madre de Nicole les regaló cuatro sillas y la pequeña mesa que José enceró.

Ahora tenían una casa en la que incluso podían recibir. Algo se había abierto para ellos, trayendo consigo la promesa con que una fecha que se espera llega hasta nosotros. Y sin embargo, en la alegría, fue difícil dejar el cuarto de la pensión con sus pesadas cortinas y su honda cama, en el que, la última noche que pasaron allí, se advertía ya la ausencia de las cosas que se habían llevado. Al desnudarse, caminando hacia la cama donde José la esperaba, Nicole sintió la distancia que habían puesto entre ellos y el cuarto, para el que de pronto eran tan impersonales como todos los que lo ocuparan antes y los que vendrían después. Al buscar el cuerpo de José, con las luces apagadas, su soledad era

más grande y la unía a él con mayor fuerza aún en esa enorme cama sobre la que sus cuerpos se encontraban sin pertenecerle ya. Luego, antes de dormirse, en la tibia oscuridad, escuchando la acompasada y distante respiración de José, pensó que en secreto volvería regularmente a visitar la pensión; pero nunca cumplió esa promesa que se había hecho a sí misma tan sólo, sintiendo el ignorante calor de José protegiéndola del súbito olvido por el que parecía viajar su cuerpo joven y desnudo, que fuera de sí sólo conocía al de José, tan cercano y extraño ahora.

Atrás, no perdidas, sino como una parte del amor que llevaba consigo, quedaron las visitas de la dueña de la pensión interrumpiendo su espera, el oloroso silencio del cuarto a su espalda mientras miraba enmarcada por la ventana, con los antebrazos extendidos sobre el alféizar, la calle sin árboles, gris, muda y desierta, y el lejano rumor de los tranvías atravesando misteriosamente el reposo de la noche para llegar hasta ellos. Des-

de que su trabajo se hiciera más amable, acercándose a sus gustos, José había vuelto a tomar algunas clases en la facultad y seguía cursos en el instituto donde enseñaba, dejando que su propio mundo lo tomara de nuevo. Para Nicole salir otra vez con él de la facultad era un regreso que los hacía brincar sobre el pasado inmediato, fijando ese tiempo como si, independientemente de todo e inmóvil para siempre, ya no tuviera más que la memoria de ellos para conservarse. Y además, la confianza y la felicidad de José estaban afuera también y él era el que tenía que entregárselas. Nicole iba a buscarlo al mediodía para comer juntos. En el instituto José tenía un brillo propio que ella descubría, contenta, sin que él lo advirtiese. Entrar a ese brillo agrandaba su amor, pero también le permitía sentir su belleza. Ella y José eran para todos la pareja y sin embargo, ahora que lo veía aparte, Nicole también se veía cuando la miraban por separado. Entonces necesitaba más que nunca a José. Su cuerpo ad-

quiría una fuerza que le era indispensable rendirse a él, como si sólo así encontrara su verdadero espacio y su independencia dejara de perturbarle. Pero ahora dormían perpendiculares uno al otro y cada noche uno de los dos tenía que apartarse para ir a su cama y entrar al sueño unidos en su separación, separados en su unión.

José había encontrado el camino hacia su antiguo deseo de dibujarla y la hacía posar horas enteras desnuda, en traje de baño, con la bata abierta dejando ver sus piernas o uno de sus hombros y el principio de un pecho, sentada en uno de los pesados sillones de cuero que les regalara el padre de él, acostada en su estrecha cama, bajo la fría luz de una lámpara, mientras José la miraba, atento, con una curiosidad que parecía venir de muy antes y se entraba en Nicole fuerte y ardiente, con el inquietante poder de su lejanía, haciéndola sentirse perturbadoramente y abriéndola a un espacio inapresable en el que el desamparo de su cuerpo la excitaba.

—No me gusta que me mires así, aparte —dijo un día.

—Nunca estoy aparte; al contrario: es otra manera de tenerte —contestó José.

Nicole estaba sentada en el sillón y él había empezado a dibujarla apenas entró, antes de cenar, pidiéndole sólo que se abriera la blusa.

—Mira —dijo José, volviendo hacia ella el block de dibujo que tenía sobre las piernas.

Nunca había querido enseñarle sus dibujos antes. Nicole se acercó. Sobre una sola hoja blanca, José había repetido innumerables veces el mismo esbozo de uno de sus brazos con la mano extendida sobre la falda. Nada más en uno de los dibujos aparecía también el hombro desnudo. Nicole sintió una ternura casi dolorosa. Se quitó la ropa y se tendió en una de las camas.

—Dibújame entera —dijo.

Luego José se acercó a ella dejando a un lado el block y no volvió a enseñarle los dibujos, pero ella los buscó, reconociéndose en la figura des-

nuda cuyo pelo rizado caía sobre la larga espalda o cuyo pecho pequeño, con el pezón saliente, aparecía entre los pliegues de la bata, sola en el papel blanco, sin el apoyo del sillón o de la cama.

. . . .

Los dibujos estaban sobre la mesa una tarde que el hermano de José llegó a visitarlos. Los había ayudado en el cambio y desde entonces se invitaba a cenar de vez en cuando. Nicole escuchaba hablar a los dos hermanos sin intervenir casi nunca, atenta a ese José que de pronto se le mostraba como cuando ella no estaba presente, advirtiendo que la olvidaba por momentos y en cambio su hermano tenía siempre cuidado de mostrar que los visitaba a los dos, de tal modo que era la atención del hermano y no la de José la que la unía a éste y le permitía sentirse en la casa igual que cuando estaban a solas con su amor, aunque el hermano pareciera querer

entrar a ese amor que su propia acción cerraba, buscase hacerse parte suya para poder llegar desde él a Nicole.

Fue el hermano el que les regaló el gato pequeño y frágil entonces, grande y dueño de sí ahora y al que Nicole llamó de inmediato Píndaro, que dormitaba sobre una de las camas, ajeno a la lluvia que escurría por los cristales de las ventanas y al temblor del mundo bajo la humedad, cuando Nicole dejó que la fotografía en la que aparecía en el centro del mundo, dueña de sí y ajena a sí por completo, antes de ser por primera vez de José, se perdiese de nuevo entre sus papeles y se acostó a leer en la cama. José podía llegar en cualquier momento; pero Nicole sentía su ausencia llenando su cuerpo sin meta y su amor se hacía tan incierto y melancólico como el atardecer precipitado por la lluvia. Esa ausencia le era conocida ya, aunque nunca le hablara de ella a José, del mismo modo que nunca le había dicho nada a su madre de su

angustia cuando ésta salía por la noche, vestida de enfermera. Pero Nicole ya no era la niña de entonces. El llanto ya no era posible. La conciencia del cuerpo que José dibujaba estaba en ella y lo sabía capaz de actuar por su cuenta. A partir de ese cuerpo su amor parecía mirarla desde afuera, como algo independiente, de igual modo que había llegado un momento atrás hasta ella a través de la fotografía y José era un refugio al que ella entraba para hallarse a sí misma, pero que de pronto no sabía cómo recibirla, porque para Nicole, en esos momentos, nada era igual que antes.

Hace mucho tiempo, hace tanto tiempo... Había un delgado hilo imposible de recoger que aseguraba la continuidad, un trazo invisible por el que ella y José se movían. Nicole recordaba al hermano con los dibujos en la mano, mirando detenidamente cada uno de ellos, de pie junto a la mesa, mientras ella lo miraba, incapaz de pedirle que no los viera, turbada ante esa súbita

apertura de su intimidad, mediante la que el hermano llegaba hasta ella y José desde afuera, sin su intervención, como si de pronto esa intimidad

estuviera fija, separada de los dos, y mirándolo mirar a los dibujos ella no fuese más que lo que éstos entregaban, de tal modo que algo que era parte de su amor y de lo que los dibujos la despojaban, quedaba, igual que la imagen que José había fijado, y sin que su voluntad contara, disponible, abierto también a esa mirada, que desde su vergüenza y su extrema debilidad, Nicole no podía evitar.

—¿Eres tú? —preguntó al fin el hermano, muy serio, con los dibujos en la mano todavía.

—Sí —dijo Nicole.

El hermano dejó los papeles sobre la mesa de nuevo.

—No sabía que José dibujaba —dijo.

—No dibuja. Nada más le gusta hacerme a mí —contestó Nicole.

—Tampoco eres tú —dijo el hermano.

—¿Entonces quién es? —preguntó ella, tratando de reír.

—No sé —contestó él—. ¿Te gustan a ti?

—Sí —dijo Nicole.

Entonces sintió la presencia del hermano en el cuarto como si alguien extraño, totalmente desconocido y ajeno a ella, entrase de pronto y la encontrara desnuda, sin ningún ocultamiento, tal como estaba en los dibujos, y esa presencia le revelara su lugar, único y solitario, dentro de ese espacio en el que, hasta la llegada del hermano, no era más que un objeto, igual a los muebles y que se perdía dentro del carácter cerrado del cuarto. Y desde esa súbita aparición de su realidad cada uno de sus movimientos adquiría una agradable y perturbadora independencia que la hacía sentirse excitada y sorprendida, como si, reconociendo la vida de su cuerpo, hubiese dejado de ser dueña de sí y del olvido naciera una extraña felicidad.

—¿Y José? —preguntó en tanto el hermano.

—No debe tardar —dijo Nicole.

Se había sentado en una de las camas. El hermano caminó hasta la ventana y se quedó mirando hacia la calle a través de ella. Luego se volvió.

—¿Tú posas para los dibujos?

—Sí, horas enteras —dijo Nicole y se rió.

Pero el hermano no la siguió en la risa, sino que se quedó con la mirada fija en ella, muy serio.

—¿Qué piensas? —preguntó Nicole, turbada.

—Nada. Estoy tratando de verte como te ve José —contestó el hermano.

—Voy a hacer café —dijo Nicole.

Mientras lo preparaba sabía que el hermano estaba allí, en el cuarto vacío, dueño de una nueva fuerza que tal vez sólo era producto de la imaginación de ella; pero en seguida él entró a acompañarla.

—¿Te ayudo en algo?

—No se necesita —contestó ella.

El hermano se quedó, sin embargo, a su lado, sin hablar, y la tensión que creaba su silen-

ciosa compañía hizo que Nicole se moviese con sumo cuidado, como si tuviera algo que ocultar, consciente de su voluntad de preservarse.

Cuando llegó José, el hermano no habló de los dibujos y Nicole tampoco se atrevió a mencionarlos, de modo que el conocimiento de lo que había sentido un momento atrás permaneció secreto, aislando la conversación entre ella y el hermano es un sitio único en el que José no tenía lugar. Sin embargo, ahora, José ocupaba de nuevo el centro y Nicole podía reconocerse a su lado, confiada, entregándose a la seguridad que le ofrecía, incluso desde el olvido en que la dejaba mientras discutía amigablemente con su hermano sin mirarla, como si ella estuviera siempre presente y no necesitara prestarle atención para que completase la unidad que los dos formaban. Ante esa unidad, el hermano volvía a ocupar el sitio de costumbre y Nicole se sentía de nuevo dentro del amor que encontraba su verdad en la dependencia de José con una segura alegría

por la fuerza de ese amor que lo borraba todo, haciendo que, perdidos en él, todo lo exterior pareciese transcurrir para ella y José aparte.

Al despedirse el hermano, después de cenar, José dijo que tenía que comprar cigarros y salió con él. Nicole se quedo recogiendo la mesa; pero luego fue hacia los dibujos que José había llevado al escritorio cuando ella puso el mantel y se quedó mirándolos. Ahora no parecían tener ninguna importancia. Nicole pensó sonriendo que casi era imposible reconocerla en ellos.

—¿Qué ves? —le preguntó José al entrar.

—A mí misma —contestó Nicole, sonriendo.

—Tú no tienes que mirarlos —dijo José, quitándole los dibujos de la mano y volviéndolos a poner sobre el escritorio.

—Dime cuál soy yo para ti —dijo Nicole.

—Las dos —contestó José.

Entonces Nicole supo, turbada, que los dibujos también los unían. Sin embargo, cuando el hermano llegaba a visitarlos y la encontraba

sola todavía, Nicole era consciente de la realidad que tenía para él, por su cuenta, sin José, y la tensión que creaba ese conocimiento le hacía sentir un incierto orgullo desde el que su amor se quedaba a un lado y ella era dueña de sí con una extraña felicidad por esa existencia solitaria. De pronto, su belleza no le pertenecía a nadie y se sentía llegar hasta ella como si estuviese esperándola. Luego, una noche, el hermano apareció cuando José estaba dibujándola y ella, semidesnuda, tendida sobre una de las camas, se dejaba mirar.

—No puede ser nadie —murmuró José al escuchar el llamado en la puerta—. Espera.

Se levantó y desde la cama Nicole lo miró abrir sólo unos cuantos centímetros la puerta.

—Ah, eres tú —dijo José y agregó haciéndose a un lado—: Pasa...

Nicole estaba todavía en la cama cuando el hermano entró y vio su mirada, fija contra su voluntad un instante en la figura de ella.

—¿Ya cenasteis? —preguntó luego, sin dirigirse a ninguno de los dos en especial.

—Sí —dijo José—. Es muy tarde...

—Pensé que no importaba. Lo siento... —dijo el hermano.

—Claro que no importa; quédate —lo interrumpió José—. Tal vez podemos darte algo. ¿No es cierto, Nicole?

En tanto, ella se había levantado y se había puesto la bata.

—Sí, desde luego —dijo—. Voy a ver qué encuentro.

Sentados a la mesa, tomando café mientras el hermano comía, éste trataba de no mirar a Nicole, que con el largo pelo castaño suelto, cayendo sobre la bata en su espalda, sólo era consciente de la turbación de él y no podía pensar en nada.

—¿Pasa algo en la casa? —había preguntado José.

—No, nada —contestó el hermano y en seguida se corrigió—. Bueno, lo de siempre.

No tenía ganas de llegar allí y no me di cuenta de que era tan tarde.

—Hiciste bien en venir —dijo José—. Ésta también es tu casa. ¿No es cierto, Nicole?

—Ya lo ves —dijo ella; pero el hermano siguió sin mirarla.

Con las luces apagadas ya y José todavía a su lado en la cama, Nicole advirtió que no había dejado de sentirse separada de él.

—No debiste dejarlo entrar antes de que me vistiera —dijo muy bajo, casi para sí.

—¿A quién? —preguntó José en la oscuridad.

—A tu hermano —dijo ella, avergonzada de pronto de su ingenuidad, como si a través de ésta aceptase una culpa que nadie había advertido.

—No seas tonta. Él no te ve siquiera —dijo José.

Estaba medio dormido ya y sólo le dio un ligero beso a Nicole antes de levantarse y entrar a su cama.

Pero el hermano regresó al día siguiente y Nicole supo en seguida que sólo la buscaba a ella. Sentados como tantas otras veces, esperando a José, la conversación era imposible. Píndaro, el gato, era chico todavía. El hermano lo tenía en sus piernas y lo acariciaba mecánicamente. Luego se levantó, dejándolo caer al piso, y caminó hasta la ventana. Viéndole darle la espalda, Nicole tuvo ganas de estar semidesnuda, tendida sobre la cama como la noche anterior, cuando él se volviera. Sin embargo, el hermano empezó a hablar mirando hacia la calle a través de la ventana.

—José ya debería estar aquí, ¿no crees?

—No. Es temprano. Hoy sale muy noche —dijo Nicole, y ya sólo esperaba que él se volviera, con el cuerpo tenso, lleno de una oscura necesidad.

Se levantó, caminó unos pasos y se quedó indecisa, en el centro del cuarto, sola. El hermano se volvió al fin y avanzó hacia ella.

—¿Puedo besarte? —dijo, en voz muy baja.

—Sí —dijo ella.

Su cuerpo en los brazos del hermano no era de nadie. Fue un beso muy rápido, en el que desapareció de inmediato todo el deseo al borrarse la tensión de la espera que lo alimentaba, pero que la dejó con un raro sentimiento de exaltante humillación, como si en esa ausencia de su cuerpo al que el beso castigaba apareciese de pronto todo su amor por José.

—Es inútil. Sólo lo quiero a él —dijo entonces.

—Ya lo sé —contestó el hermano.

Pero ahora Nicole sentía una ternura triste que no sabía cómo enfrentar.

—¿Quieres que lo intentemos? —dijo.

—No —contestó el hermano—. Me voy.

Nicole se quedó sola, entre el silencio de los muebles. Píndaro atravesó el cuarto corriendo y se echó sobre la cabecera del sillón, tras de ella. Luego la quietud se cerró de nuevo, como las aguas sobre un objeto, densa y callada.

Afuera, flotando sin rumbo, la ternura de ella se extendía sin fin. Incansables, intocables, como nubes acumulándose en el cielo, los años de su amor estaban también afuera de pronto. Entonces, su nostalgia, aguda y sin fronteras, cubriendo todo sin tocarlo, como la luz, encontró su objeto en ese amor que José hacía posible. Igual que cuando el mozo la mirara semidesnuda en la facultad o cuando acostada en la cama del cuarto de hotel sintiese el súbito deseo de que su cuñado la besara junto con José, durante un instante había escuchado un registro secreto, pero su amor volvía a cerrarse de nuevo sobre él, haciéndolo suyo.

Cuando José llegó, seguía sentada en el sillón, a oscuras.

—¿Estabas dormida? —preguntó él, después de encender la luz.

—No —contestó Nicole sin moverse.

—¿Pasa algo? —dijo entonces José.

—Quiero saber qué soy para ti —contestó ella.

—Nicole —dijo sin ningún acento José.

—¿La misma de siempre? —insistió ella.

—Nunca se es el mismo. Eres Nicole que va cambiando a mi lado. ¿Soy el mismo yo para ti? —dijo él.

Nicole se quedó callada. José se sentó a su lado en el brazo del sillón y le rodeó los hombros.

—Yo quiero que todo se quede igual, siempre —dijo ella con un ingenuo desamparo.

José se rió.

—Es igual por dentro —dijo.

—Pero uno está afuera. Y siente. Lo que yo quiero es que nada se mueva —contestó ella.

—Yo también —dijo José—. Pero tal vez no es posible.

—Cuando se mueven las cosas se pierden. ¿Crees que el amor tiene que acabar? —preguntó ella.

—No, no debe —dijo José.

Nicole sintió el cuarto a su alrededor, inmóvil bajo la luz, cerrándose sobre ellos, guardán-

dolos como su amor y no era posible que nadie entrase allí, donde los dos estaban, uno junto al otro, solitarios.

—¿Ya somos viejos, José? —preguntó de pronto.

José volvió a reírse.

—Muy viejos —dijo.

Nicole se rió también y José se inclinó hacia ella para besarla. Frágil y sola, se guardó en él, dejó que él la guardase. Cuando al fin se apartó, desnuda, y se puso la bata para preparar la cena, cada uno de los muebles del cuarto parecía seguir sus movimientos, acompañándola, y ella se dejaba estar en la habitación como había estado en José.

Nunca dijo nada sobre el hermano y logró que éste volviese a visitarlos olvidando ese único beso que no había hecho más que llevarla hacia su amor. Y no obstante, José se había alejado. ¿A dónde, cómo? Se tiene todo y se está sola. Tal vez esa era la inmovilidad que Nicole desea-

ba. José aparecía entre la gente y ésta lo rodeaba sin tocarlo. Nicole lo veía, lejos de ella también. ¿Dónde? Afuera el mundo volvía a dividirse en mil fragmentos sin sentido, ajenos, desconociéndose entre sí. Luego estaban solos y José la dibujaba. Los objetos entre los que se desliza su vida los rodeaban, vigilantes.

—¿No te aburres?

—No.

Un día, Nicole se cambió el peinado, haciéndola una sola, gruesa trenza castaña.

—Me gusta mucho —dijo José al verla.

En tanto, el tiempo se movía, fuera de ellos, dejándolos atrás, como si estuvieran sentados a un lado, en la ribera, sin poder acercarse a su transcurrir. Nicole iba sola todavía a casa del maestro de latín y tomaba té en la biblioteca, entre los libros. La hija de él se había casado y tenía un hijo. Nicole empezaba a preparar su tesis, sobre Horacio, de acuerdo con los consejos del maestro. Hablaban de ella y de pronto

el maestro parecía encontrar el pasado, recordar a la misma Nicole, que ya había desechado el portafolio con la calcomanía infantil.

—Háblame de ti. ¿Qué es de tu vida?

—Nada. Todo sigue igual. Trabajo...

—¿Y José?

—Está bien.

Nicole se veía con la blusa desabrochada, besando a José en el aula vacía. Pasaba por él al instituto y caminaban juntos hasta su casa. Su madre nunca iba a esa casa, pero Nicole la visitaba. Luego llegaban su hermana y su cuñado.

—Nunca se les ve —decía el cuñado.

—Tampoco se les ve a ustedes —contestaba Nicole.

—¿Y José? —intervenía la hermana.

—Como siempre —contestaba ella.

—Es muy amigo de una amiga nuestra que está muy entusiasmada con él —comentaba el cuñado.

—No quieras ser malo —se reía entonces la hermana de Nicole.

Después, ella se lo contaba a José.

—Dicen que tienes una amiga.

—Tengo muchas —contestaba él.

Era la vida de los dos. Nicole también seguía aquel registro secreto que ya conocía dejándose mirar en el trabajo, en la calle, y de pronto hubiera querido ir más adelante, perderse, para poder regresar de nuevo a José, como había pasado después del beso del hermano. Entonces su súbito miedo encerraba algo dichoso, llegaba como una música lejana desde la que su amor volvía a aparecer afuera, vivo, constante.

Una vez se dejó acompañar hasta su casa por uno de los clientes de la librería.

—¿Puedo pasar? —había preguntado él ante la puerta del edificio.

—No —dijo Nicole.

Hace tanto tiempo, tanto tiempo... Nicole dejó a un lado el libro y se quedó mirando sin ver los informes trazos de la lluvia sobre los cristales de la ventana. Aparecían y se borraban antes de llegar a ser. Afuera, el tiempo fluía silencioso y sin embargo, todo estaba quieto.

Esa noche, José llegó con un amigo y le pidió a Nicole una toalla para que se secaran el pelo mojado.

—Mira, éste es Jean —dijo mientras.

El amigo, con la gabardina en la mano, buscando dónde dejarla, miró a Nicole.

—José me ha hablado mucho de usted —dijo.

—Háblale de tú —dijo José.

Nicole regresó con la toalla y tomó la gabardina del amigo.

—Mucho gusto —dijo.

Seguía lloviendo, el vaho que cubría los cristales de las ventanas, convirtiendo la larga hilera de faroles en la calle en una sucesión de borrosas lunas distantes, creaba una cálida, pesada intimi-

dad. Nicole vio al amigo de José, alto, secándose la cara y el pelo, vertical y presente en el cuarto. Su figura rompía el delicado equilibrio de ese espacio sin centro en el que siempre se habían movido ella y José dejando que los recogiera. Salió a hacer café y se sintió sola en el vacío del otro cuarto. Los años pasados parecían moverse en un lado al que ella no podía entrar, cercanos y sin embargo inaccesibles, y en cambio el presente tenía una densa inmovilidad desde la que se sentía rodeada por ese vacío que la obligaba a entrar a sí misma y cerrarse sobre su persona con un perturbador conocimiento de sus propios límites, como si hubiese adquirido una conciencia de sí que le permitía verse de afuera, extrañamente independiente, como los otros deberían verla.

Cuando entró con el café, Jean y José estaban sentados ya, conversando. José tomó la taza con un gesto mecánico, sin dejar de hablar y de pronto Nicole sintió con una profunda dulzura que ella giraba siempre alrededor de

José de esa misma manera cercana, de modo que pudiera tomarla con sólo alargar la mano, y así se hacía visible en un círculo dentro del

que se eran igualmente indispensables. Desde ese ámbito único, que no le pertenecía más que a ellos, que no era posible cercar y que sin embargo resultaba mágicamente concreto, todo lo exterior dejaba de tener importancia, se alejaba perdido en su imprecisa irrealidad, pero no dejaba de estar allí, esperando, cerrado también, y ahora Nicole se sentía lanzada hacia esa exterioridad por la desatención de José, extrañamente desamparada desde la ternura que ponía en ella la conciencia de su amor. Jean le dio las gracias mirándola al tomar la taza y ella se apartó voluntariamente de esa mirada. Luego se quedó entre los dos, escuchando, sin intervenir en la conversación.

—¿Dónde estás? —preguntó de pronto José.

Nicole sonrió, avergonzada.

—Aquí —dijo.

Entonces sintió que Jean, que se había vuelto también a mirarla, al ser testigo del rápido acercamiento de ella, entraba también a su círculo secreto y todo se hacía más fácil y natural. Ya no estaba con José y aparte de ella, sino con ella y José.

Jean había llegado sólo dos años atrás y tenía muchas cosas que contar. Nicole lo escuchaba como si todo lo que decía hubiese pasado en otro mundo, contenta y divertida. De pronto, la risa de los tres era un solo sonido. Pero luego, sin saber en qué momento se había producido la separación, ni cómo, Nicole se quedaba fuera, sola. Jean era de nuevo un extraño, que no tenía lugar entre ella y José. Y en seguida descubría que Jean la estaba mirando, desde allí afuera, como si se preguntase desconcertado quién era ella y supiese desde el principio que no podía llegar a tocarla. A Nicole no le gustaba entonces la distancia en la que la mirada de él la colocaba.

Se quedó a cenar y entró inesperadamente al cuarto en el que Nicole cocinaba.

—¿Puedo ayudarte?

—¿En qué? —dijo Nicole.

Él sonrió con cariño, como si le hablara a una niña.

—No sé. En todo. Yo siempre me preparo mi comida.

Sin saber por qué, Nicole pensó en su madre.

—No es necesario —dijo, amable—. Yo puedo hacer todo sola.

Pero Jean se quedó a su lado y le contó que vivía con un amigo. Nicole vio de pronto a José en el marco de la puerta.

—La mesa está puesta —dijo él al encontrar los ojos de ella.

Todo era como un juego en el que las figuras se desplazan con una exacta precisión, siguiendo las reglas, sin que su voluntad pareciera intervenir y en el que era imposible poner obstáculos porque no había nada que evitar. Nicole se sentía contenta, dejándose llevar, olvidada de sí y luego encontrándose de pronto sorprendi-

da, en otro lugar ya, con una rara nostalgia por algo que había quedado atrás, que quizás no era más que ella misma, pero a lo que ya no podía regresar.

Había dejado de llover cuando Jean se fue. El cuarto estaba lleno de humo y Nicole abrió una ventana al quedarse sola con José. Las hojas de los truenos brillaban a la luz de los faroles como si cada una encerrara una joya; pero ese mismo resplandor le daba un carácter frío y petrificado a la noche. Nicole cerró en seguida la ventana y corrió la cortina, dejando fuera el mundo. Ahora estaba sola con José en el cuarto donde esa misma tarde llegara hasta ella en la fotografía el brillo de su amor, hermoso y cerrado, tan cerrado que Nicole no había sabido cómo entrar a él y José se perdía invisible, lejos también. Nicole volvió a sentir que su desamparo la llenaba de una tierna debilidad y sólo quería que José la tomara, guardándola dentro de sí, apartándola de toda casualidad, conservándola segura en su

amor, donde era tan joven y no existía más que para José, que ahora se movía por la habitación, bajo la mirada de ella, haciendo sin proponérselo que el espacio se encontrara en su figura, saliese sólo de él y regresase a él, como un suave oleaje que encuentra al fin su centro.

—José... —dijo.

Él se detuvo y se volvió hacia Nicole.

—Estoy triste —dijo ella.

—¿Por qué?

—Dímelo tú. Estaba triste en la tarde y he vuelto a estarlo ahora. Vi la fotografía que me tomaste en la playa. ¿Te acuerdas? Antes de... ¿Soy ésa yo? ¿Somos ésos nosotros?

José se acercó a abrazarla.

—Apaga la luz —dijo luego.

Recibiéndolo, Nicole no dejó de sentir, sin embargo, que había algo entre ellos, algo que los separaba y de cuya existencia quizás sólo ella era culpable, porque sólo ella parecía percibirlo, quieto entre los dos, imposible de fijar.

—¿Me quieres? —dijo, pegándose al cuerpo de José.

—Siempre te quiero —dijo él.

—No te vayas. Quédate aquí a mi lado —pidió ella.

José la besó en el pelo.

—Tenemos que descansar. Duérmete —dijo.

Luego se fue a su cama. Nicole se quedó despierta, escuchando en la oscuridad la respiración de él, cuya cabeza podía tocar con sólo mover ligeramente el brazo, y entre los dos estaba esa unión de la que, sin embargo, sólo podía reconocer el brillo de él, seguro en su mundo, dejándose tomar por éste cuando no estaba junto a ella, como lo había visto un momento antes conversando con Jean. Y ahora, dormía allí, indefenso, pero lejos de ella también, perdido en sí mismo, viajando por su cuenta. Nicole tuvo el impulso de levantarse, abrir las cortinas y mirar la noche afuera, ajena igualmente a ellos dos; pero no salió de su estrecha cama y al fin se que-

dó dormida, perpendicularmente a José, sus dos cuerpos sin dueño formando una ele en el callado espacio del cuarto, sus dos respiraciones confundidas, flotando en la oscuridad de la noche, para la que no había adentro ni afuera.

▪ ▪ ▪ ▪

Por la mañana, Nicole salió hacia la librería antes de que José dejara la casa. El camino de siempre. Ahora tomaba un camión y se sabía entre la gente mientras trataba de leer cuando lograba sentarse. Recordó a Jean. Era agradable que no supiese nada de ella. Tendría que imaginarla como podría hacerlo cualquiera de las gentes del camión si alguno la mirara. Pero nadie reparaba en ella. Estaban todos juntos, dejándose conducir, igualmente impersonales. Al bajarse, la avenida era aquella bajo cuyos fresnos conociera a José. Ella tenía algo que la hacía distinta. Entre los libros, sabía a qué sección correspondía cada uno de ellos y to-

dos los clientes la conocían. Los extraños eran los que se acercaban a preguntar algo, a pedir que ella les informara, con un inseguro francés.

Al mediodía se fue a comer con su madre.

—Conocí a un muchacho francés —dijo de pronto, sin saber por qué.

—¿Sí? —dijo su madre.

El padre comía en silencio, como siempre.

—¿Qué hace? —preguntó sin embargo ahora.

—Quién sabe. No se me ocurrió preguntárselo. José debe saberlo. Estaba en París cuando la Liberación —dijo Nicole.

—¡La Liberación...! —comentó despectivo el padre y volvió a quedarse callado.

Después, su madre se acostó en su cuarto y Nicole se sentó en la orilla de la cama a fumar un cigarro.

—¿Eres feliz, Nicole? Nunca dices nada, ni siquiera sabemos cómo es tu vida. Muchas veces pienso en ti y siento que te has alejado o te han alejado por completo de nosotros.

Nicole, sentada en la cama con su madre acostada, pensó en ella acostada con su madre sentada en la cama. El tiempo creaba un espacio concreto en el que todo se correspondía pero que resultaba ajeno a uno mismo, como si dentro de él se siguiera simplemente adelante, dejándose atrás en vez de avanzar paralelamente, de modo que siempre se está en camino hacia lo que no se es todavía y, sin embargo, en ese movimiento se encierra una esperanza y se lleva un recuerdo. Nicole sintió que no podía traer sus cosas hasta su madre, igual que cuando ella era niña no había sido posible que la madre le entregase las suyas, y sin embargo, estaban unidas, no como ella y José, creando esa unidad, sino de una manera estática, dejándola reposar a un lado.

—Tú no quieres a José, ¿verdad, mamá? —dijo.

—Te quiero a ti y espero que tú lo quieras. En la vida se debe tener un centro.

¿Cuál era el suyo? Nicole sentía despegarse de él cuando más quería tocarlo y, en la ansiedad de ese apartamiento, había un reconocimiento de sí en el estado de espera, la promesa de un encuentro distante, del que no le era posible hablar.

Se reunió con José en la facultad y a su lado seguía sintiéndose sólo a sí misma, como si de pronto hubiese adquirido una conciencia que la perturbaba por su carácter impreciso y, al mismo tiempo, la obligaba a refugiarse en su persona haciéndola sentirse, apoyada en José, buscándolo a él, mientras advertía que, así, su amor se había hecho independiente, era un objeto colocado fuera de ellos al que tenían que entrar continuamente, igual que años atrás, cuando empezaban a acercarse uno al otro y caminaban juntos, y José apenas la tocaba, y hablaban sin cesar, y José empezaba a descubrir la boca de ella.

Tomaron juntos el camión, pero tuvieron que sentarse aparte. Entre los demás pasajeros, deteniéndose y volviendo a avanzar, cerca-

dos por los límites del camión, Nicole miraba a José. Estaba allí y de vez en cuando la miraba también y sonreía mientras los dos, inmóviles, eran conducidos por el camión sin que su voluntad interviniera. La gente subía y descendía. Luego Nicole miraba por la ventanilla. Los techos de los automóviles formaban un mar que avanzaba y se detenía también. En las esquinas, otras personas esperaban, verticales, como los rugosos troncos de los árboles, cuyas copas, entre las que la luz de los faroles hacía aparecer la independencia de cada una de las hojas que luego se confundían en la oscuridad, parecían estar separadas de los troncos. Nicole sintió su soledad como una rara dulzura y dejó de buscar con la mirada a José; pero luego descendieron juntos y se colgó de su brazo: todo era igual que siempre. José la besó en el pelo.

Nicole estaba en el otro cuarto cuando Jean tocó el timbre. Desde allí lo escuchó un momento hablar con José antes de aparecer. Cenaron

los tres juntos y, tarde ya, Nicole sintió que tenía sueño y sólo deseaba que Jean se fuera y la dejase dormir, mientras la conversación entre él y José parecía llegar desde muy lejos, lenta, convertida en un solo rumor ininterrumpido.

Fue Jean el que se dio cuenta que ella tenía los ojos cerrados. Apenas se fue, Nicole empezó a desvestirse y se metió de inmediato a la cama.

▪ ▪ ▪ ▪

Ahora Jean va a visitarlos casi todas las noches y a veces salen juntos al cine. Nicole se mueve entre él y José con una absoluta naturalidad, sabiéndose en José, con José, como si el hecho de tener un testigo le permitiese sentir su cercanía y al mismo tiempo, también, pudiese mirarlo aparte y luego acercarse a él. Entonces, el hermano de José coincidió una noche con Jean. Al día siguiente regresó, a una hora en que Nicole estaba siempre sola.

—Te busca a ti y le importas —dijo.

Nicole supo que era cierto y que ella siempre lo había sabido.

—No digas tonterías —contestó.

—Si dices eso, es que a ti te gusta también —dijo el hermano.

Nicole sintió una inesperada alegría y en seguida una tristeza.

—¿Te molestaría? —preguntó.

—Sí. Por ti —contestó el hermano.

La tristeza se hizo de los dos y los unió, pero por encima de ella Nicole reconoció una fuerza que nada más era suya y haciéndola consciente de su amor la obligaba a arriesgarlo para llegar a él. Y entonces también el hermano estaba enfrente y ella recordaba que en otro momento la había deseado. Tal vez era hermoso no pertenecerle a nadie y estar siempre sola en el mundo. En seguida el dolor fue de nuevo una especie de dulzura y, desde ella, José la miraba y se sabía mirada por José. Los dos estaban juntos otra vez, con su amor, que hacía a José siempre presente.

—¿Tienes celos? —le dijo al hermano, segura de sí, buscando ofenderlo.

—No, celos no. Tú lo sabes —contestó él.

Después llegó José. Con el hermano allí nada se había movido. Nicole se supo cautiva de su amor, sin saber ya lo que era, ligada simplemente a él. Trató de observar a Jean la siguiente vez que estuvo en la casa. Él parecía limitarse a entrar al mundo de ellos, sin dejar ver el suyo. Entonces Nicole intentaba imaginar ese mundo, impreciso, distante, ajeno y era como si al mirar a través de una ventana no encontrase más que un puro resplandor sin nubes, neutro, vacío, imposible de apresar, alejándose más conforme más trata uno de que su mirada encuentre un descanso en él.

—¿Qué hace Jean? —le preguntó a José.

—Da clases.

—Pero ¿además? ¿Qué hace cuando no está con nosotros?

—No sé —dijo José—. Me imagino que lo mismo que todos. —Luego sonrió, como si le

estuviera hablando a una niña—: ¿Por qué no se lo preguntas?

Pero no se trata de preguntar y en verdad no importa. A pesar del comentario del hermano de José, Nicole cree que Jean no repara en ella y lo que necesita es comprobar que está equivocada. Trata de mantenerse aparte y él la mira de pronto y pregunta:

—¿Te aburres?

—No —dice ella—. Los estoy escuchando.

Durante un instante parece que al fin va a aparecer una figura concreta, pero en seguida Jean y José siguen hablando y de nuevo es sólo el cielo vacío más allá de la ventana. Y no obstante, desde esa distancia, Jean es consciente de ella, debe serlo, Nicole lo sabe, el hermano de José tiene razón. Pero su lejanía deja, cuando él está, la belleza de Nicole sin empleo. Sin embargo, un día, Jean le pregunta:

—¿Estás toda la mañana en la librería?

—Sí.

—¿Todos los días?

—Sí.

—¿Se te puede visitar?

—Sí.

José los ha escuchado y Nicole tiene miedo durante un instante de que su turbación y la súbita debilidad que llena de inquietud su cuerpo y la hace consciente de su belleza, como si fuera un joven árbol por el que el viento pasa de pronto, sea demasiado evidente; pero ni José ni Jean parecen haberle dado importancia a ese diálogo: los dos están sentados en sus lugares de costumbre y vuelven a hablar, lentamente, creando con sus palabras un velo que es como el lejano rumor ininterrumpido de una lenta caída de agua. Sus voces llenan la habitación y se quedan en ella, unidas, como si no se atrevieran a salir ni pudieran desprenderse una de otra. Sólo Nicole está fuera, rodeada por esas voces. Pero ahora también sabe que su figura, sola, independiente, está entre los dos. Cuando Jean se

va, su cuerpo se siente desocupado y hay una oscura satisfacción cuando lo rinde a José.

Ella no lo advierte, pero al salir por la mañana, su casa se queda atrás. Está en la librería y no espera nada; sin embargo, se mueve entre los altos estantes cubiertos de libros como si fuera uniéndolos con un hilo delgado haciendo más denso el espacio. Luego todo se rompe y ella está de nuevo en medio de un enorme vacío desconocido. Desde los anaqueles, los lomos de los libros se repiten sin diferenciarse y no la miran. Es un silencio y un abandono. Nicole se pregunta cómo ha podido dejar pasar los años en ese lugar. Al fin, una mañana entra Jean. Ella lo ve desde el mezzanine, donde está trepada en una escalera, cambiando sin motivo una colección de lugar y baja en seguida.

—No me explico por qué no había venido antes —dice él.

—No hay nada interesante —contesta ella.

—¿Te falta mucho para salir?

—Casi una hora.

Se quedó esperándola allí. De vez en cuando Nicole se acercaba a hablarle, pero el resto del tiempo él curioseó entre los libros, suelto, sacando algunas veces uno del anaquel y quedándose de pie frente a éste, con el libro abierto en las manos, leyendo ensimismado. Nicole lo miraba de lejos y hubiera querido no estar allí, no saber que estaba esperándola y la hora de salida tenía que llegar, como si así, independiente de ella, la presencia de Jean pudiese hacerse más real. Sin embargo, ahora reconocía que había esperado su llegada. ¿Para qué? Él no tenía ningún derecho a mirarla.

Luego, caminan bajo los fresnos cuyas sombras dibujan cambiantes relaciones sobre el suelo, entre el pesado tejido que forman los paseantes, confundidos con ellos, unos más entre todos, desprendiéndose poco a poco del conjunto, hasta que están solos y diferenciados, por calles sin rumbo.

—¿Dónde vas a comer? —le había preguntado él.

—En mi casa.

—¿Podemos andar un rato juntos primero?

—Bueno.

Así que no van a ningún lado. Nicole se siente como nunca ha tenido ocasión de sentirse antes. Es ella sola. ¿Qué hace allí, caminando junto a Jean? Sus cuerpos no se tocan en ningún momento, avanzan simplemente, cortando el aire impalpable. Él le hace preguntas, como si le costara esfuerzo acercarse a ella, como si no supiera cómo abordarla, como si desconociera por completo a la que camina a su lado, y por tanto, ella tuviese una vida aparte que él ha imaginado continuamente, de tal modo que sus visitas a la casa tienen ya otro sentido. Y sin embargo, las preguntas tampoco parecen tener importancia. Es otra cosa, algo que Nicole no puede precisar, algo que no se refiere a ella, sino a lo que él se ha imaginado de ella y que ahora es de ella también y la hace ser otra persona.

—¿No piensas regresar a España?

—No, nunca.

—¿Y a Francia?

—Algún día.

—Quisiera leer tu tesis.

—¿Traduces latín?

—No. No había pensado en eso. Qué tontería.

Estaban ya cerca de la casa de ella. Jean se despidió sin ni siquiera decirle si iba a ir a visitarlos por la noche. Nicole se encontró caminando sola con un vago recuerdo de la entrada de él a la librería y después de una larga ausencia de sí que ahora la dejaba sin ningún sitio, incapaz de entrar al tiempo. Mientras comía le pareció extraño estar frente a José, sentada a la mesa. Era como si los dos hubieran estado siempre allí y ya no se vieran. Nicole se esforzó en llegar hasta sus dos figuras, pudiéndolas sentir desde afuera, unidas y separadas por la mesa, moviendo los brazos como si alguien los guiara. Así hemos sido siempre y nadie lo sabe, pensó. José hablaba de una revista que tenía a su lado, cerrada, cerca del plato. Fueron juntos a la facultad y

Nicole se quedó conversando al terminar las clases, en un aula vacía, con el director de su tesis. De pronto recordó que Jean no podría leerla. Le pareció que el maestro le hablaba de una manera distinta y fue extraño que estuviera vestida igual que siempre. Al salir del aula era de noche ya. José los esperaba en una de las bancas del patio y mientras se acercaban a él, que absorto en la lectura debía haberlos olvidado, su figura era impenetrable como la de una estatua que sólo entrega su apariencia. Pero el maestro les hablaba a los dos con el mismo afecto. Propuso que tomaran un taxi y dejarlos al pasar por su casa. Mientras caminaban entre el ruido de los camiones y tranvías en busca del coche los llevaba del brazo, uno a cada lado. Al llegar Jean, José siguió comentando con él el contenido de la revista. Pero ahora Nicole sabía que Jean la había besado en la mejilla al entrar, como siempre y de una manera distinta que siempre, como si quisiera advertir si ella recibía el beso. Se sintió molesta, los

dejó hablando solos y se fue al otro cuarto. Sin embargo, el rumor de las voces seguía llegando hasta ella y éstas se separaban una de otra. Inesperadamente, José se rió, muy fuerte. Nicole salió de nuevo y se sentó entre los dos, un poco detrás, en su estrecha cama, consciente de que le gustaba que Jean notara que estaba con José en la casa, y cuando él se fuera seguiría estando en ella. En la mesa acentuó su separación de Jean y su pertenencia a José y la casa, con un secreto dolor, que le daba un nuevo conocimiento de la belleza que era de José y que Jean miraba de vez en cuando, muy fugazmente.

▪ ▪ ▪ ▪

Luego no fue a clases y estuvo con Jean, sentada en un café. Ahora era ella la que hacía preguntas.

—¿Por qué nunca vemos al amigo con el que vives?

—Trabaja todo el día y se acuesta temprano.

—¿Es joven?

—Mmm, como yo.

—Tú eres joven...

Sin darse cuenta, mencionaba entonces por primera vez a José.

—¿José lo conoce?

—No, tampoco. Él es distinto.

Nicole se quedó callada, sin tocar la taza de café que tenía enfrente.

—¿Te molestó algo?

—No, nada.

¿Quién era para Jean? Se desconocía a sí misma. De pronto sólo parecía estar siguiendo el camino por el que la llevaba su belleza, pero ella se quedaba aparte y, sin embargo, no era más que la que estaba allí sentada y la melancolía de saberse traicionándose a sí misma ejercía un raro poder, traía la promesa de una comprobación desde la que su amor aparecía intocable, borroso y desamparado como un objeto que se pierde y debe volverse a encontrar. Entonces quería estar con Jean y él se acercaba, suave,

con toda su admiración mostrándose en su curiosidad, como si ella sólo empezara a ser ahora, gracias a su atención. Pero sentado frente a ella, los dos en el café casi vacío, desconocido hasta entonces, donde no eran nadie para ninguno, él también era intocable para Nicole, a pesar de que el peso de cada uno estaba en el cuerpo del otro. La conversación se llenó de silencios durante los que ella estaba nada más allí, a su lado; pero Jean no ponía ninguna presión, sino que la dejaba ser, admirándola, de modo que finalmente Nicole se sintió depender de la posibilidad de que le hablara y tuvo vergüenza de que pudiese advertirlo.

Al salir del café Jean la tomó del brazo. La calle abierta ante ellos hizo que Nicole sintiese que, vistos desde afuera, ella estaba simplemente con Jean y eran una pareja; pero su propio conocimiento de que no era así le impidió desprenderse de la mano de él y se quedó quieta, sintiendo la mano en su brazo, sin saber si le

gustaba, abandonándose a la imagen que debería dar la figura de los dos, juntos.

—¿Te acompaño a la facultad? —preguntó Jean.

—No, ya es muy tarde —dijo ella.

—¿A dónde vas entonces?

—A mi casa, yo creo.

—Voy contigo.

—No.

Él sonrió. Nicole se supo humillada por esa sonrisa y, por eso mismo, excitada y dispuesta a ser la que su figura mostraba.

Después, al cabo del tiempo, Jean empezó a hacerle preguntas sobre su amor.

—¿Desde cuándo conoces a José?

—Desde siempre. No puedo acordarme de no haberlo conocido.

—Podría haber sido otro; cualquiera. Fue una casualidad. Luego uno ya no es más que esa casualidad y todo pasa dentro de ella. Quizás eso es la vida.

Ella se rebelaba, con una súbita rabia impotente, dirigida contra sí misma.

—Tú no entiendes.

—¿Te da miedo que sea así?

—¿Miedo por qué?

—Nadie quiere dejar de ser lo que es. Se abre un vacío. Yo conozco eso.

Nicole piensa que es mentira, y sin embargo, no puede volverse atrás; ese vacío le da un extraño prestigio a Jean, le otorga un poder que la obliga a seguirlo para demostrarle que no tiene razón y su aparente desamparo es la fuerza de ella. Entonces, Jean parece detenerse ante su disponibilidad.

Están en la casa y Nicole se siente segura. Él llega. La distancia entre los dos cuartos se hace enorme mientras Nicole pasa de uno a otro, apartándose de Jean y José con sólo trasponer una puerta, como si la soledad, que se rompe ante la presencia de los dos, haciéndola sentir incierta y débil, se cerrara sobre su persona apenas se aleja, permitiéndole juzgarlos desde el

aislamiento en que la ha colocado la necesidad de saber dónde está ella. Sin embargo, no decide nada, sino que se queda aparte, reconociéndose

a sí misma. José y Jean se encuentran en los dos extremos del centro que es ella y tal vez no quiere moverse. Su cuerpo se desplaza en ese espacio limitándolo con una disolvente sensualidad que nace de la contención. Pero necesita un apoyo, sabe que Jean está indefenso y busca provocarlo.

—¿Puede ayudarme alguien? —dice desde la cocina.

Uno de los dos va a asomarse por la puerta. Lo ha hecho ya. Es Jean.

—¿Qué quieres?

—Dile a José que ponga la mesa y lleva los platos, ¿sí?

En ese momento, mientras Jean entra, se mueve a su derredor, sale, ella está en su casa y quiere a José; pero, de algún modo, la presencia de Jean los completa, la lleva hacia su amor y le permite reconocerlo.

—¿Es todo? —dice él, volviendo a aparecer en el marco de la puerta.

—Sí, siéntense a la mesa, ahora voy.

Jean la mira, incapaz de acercarse. Nicole sonríe:

—Anda, ve a la mesa.

▪ ▪ ▪ ▪

Fue allí, sin embargo, donde Jean la besó por primera vez. Habían terminado de cenar y José, como en tantas ocasiones, descubrió que no tenía cigarros.

—Yo voy a buscarlos —dijo Jean.

—No, déjalo; aprovecharé para hacer una llamada por teléfono que se me había olvidado —contestó José.

—Es muy tarde para eso —insistió Jean.

—Qué va. No estamos en Francia —dijo José.

Nicole los escuchaba hablar sin moverse ni mirarlos. Apenas salió José, el vacío del que hablaba Jean se adentró en ella, dejándola in-

defensa, como si su voluntad se hubiera ido tras José. Haciendo un esfuerzo se levantó de la mesa y se quedó de pie frente a la ventana, dándole la espalda a Jean que la había visto moverse sin hablar; pero afuera, más allá de la ventana, no había nada tampoco, sólo la oscuridad de la noche, vasta hasta parecer sin fondo. Escuchó a Jean apartar su silla y acercarse sin poder hacer ningún movimiento. Luego, él había puesto ya las manos en sus hombros y ese contacto la regresaba al cuarto, inerme, cerrando la ausencia de límites de la noche.

—¿Qué ves? —dijo Jean, con la boca muy cerca del pelo de ella, que sentía el cuerpo de él a su espalda, despojándola del suyo.

—Nada, no hay nada allí afuera —pudo decir sin embargo.

—Ya lo sé —dijo él.

Luego le dio la vuelta y su cara estaba ya junto a la de Nicole, impidiéndole toda posibilidad de salida. Ella lo abrazó muy fuerte, pe-

gando por completo su cuerpo al de él un solo instante y le dejó su boca. Después, estuvieron otra vez en el cuarto. Jean se quedó de pie; Nicole regresó a sentarse. Parecía imposible que José fuera a regresar. Ahora sólo estaría el vacío. Ella no había querido ese beso. Aunque su cuerpo se hubiera entregado al de Jean, abandonándose a él, buscándolo, no era ella. Y ahora Jean tampoco podía ayudarla. Estaba callado, distante. Sin embargo, cuando José regresó, fue como si nada hubiera pasado. El tiempo, que se había hecho tan largo en su ausencia, volvió a cerrarse y escuchándolo hablar con Jean, Nicole sintió que nunca había dejado la casa. Sólo al quedarse sola con José volvió a sentir un deseo que parecía llegarle de afuera y hacía inútil que intentara pensar. Se desnudó y dejó que José se acercara a la cama sin moverse, tapándose por completo con las mantas.

Ya no había nada qué decir. José era un desconocido y Nicole sólo esperaba que esa fuerza

neutra y única tomase su cuerpo, en silencio, sin tener que dar las explicaciones que un momento antes sintiera necesarias.

—Ven aquí —murmuró.

Y él se tendió sobre ella, cubriéndola, irreconocible y, no obstante, representando su amor.

Al día siguiente, en la librería, Nicole estaba segura de que Jean no iba a aparecer más. Las horas pasaban creando una alegría cada vez más firme; poco a poco el espacio cubierto de libros volvía a ser el de antes y ella se movía libremente entre los anaqueles, ligera, olvidada de sí. Sólo había que decir "José" y él estaba en algún lado, dando clases, hablando, y ella iba hacia él. Su amor, grande y tierno como un animal solitario y sin nombre. Pero Jean llegó, sin que ella lo viera hasta que estuvo a su lado.

—¿Te espero afuera?

Nicole supo que también lo había estado esperando; alguien que tal vez no era ella, esperando.

Jean ya no la provocaba, sino que, al contrario, parecía querer protegerla.

—¿Tienes tiempo de tomar un café?

—Bueno; muy rápido.

En el local siempre vacío, con la larga hilera de mesas, sin uso, ya los conocen.

Jean da vueltas al café con la cucharilla, sin haber echado azúcar, aparentemente concentrado en el líquido en movimiento, al que Nicole ve también de pronto, girando, abriéndose en busca de un centro.

—Quiero cuidarte.

—No lo necesito. ¿Por qué dices eso?

Jean ha dejado la cucharilla y le da un trago al café.

—No sé —dice luego—. A veces se tiene miedo y a uno no le gusta admitirlo.

Entonces es ella la que quiere protegerlo.

—No tiene tanta importancia. ¿Te gustó besarme?

—Sí.

Nicole sabe que para la mesera que se acercará a traer la cuenta simplemente están juntos y eso le es indiferente.

Ahora caminan hacia la casa de ella y Jean no parece capaz de encontrar el momento de dejarla. Así, llegan hasta la puerta del edificio.

—¿No subes? —pregunta Nicole.

—No. Te veo en la noche.

Pero Jean no va y cuando al fin aparece al día siguiente, Nicole sabe que necesita su presencia en la casa para poder sentirse en el otro cuarto. No es más que una tensión, sin objeto, sin futuro, pero resulta indispensable hasta tal punto que sólo después de que se ha roto puede olvidarse de sí misma en José y ser suya.

▪ ▪ ▪ ▪

Unos días más adelante, faltó como tantas otras tardes a la facultad; pero ahora Jean le había pedido que fuera a conocer su departamento y desde el principio la cita era diferente.

—No tiene nada de malo. Quiero poder recordarte estando allí.

Nicole no necesitaba que la recordara; pero quería ir al departamento y sentirse en él. Es un departamento amueblado, con dos habitaciones y una pequeña sala comedor. Ni siquiera el cuarto de Jean tiene algún rasgo particular, algo que le dé un carácter propio. Allí se está de paso, por un tiempo, que no se dirige hacia ningún lado. Nicole se ha asomado a las habitaciones con Jean a su lado, sin entrar a ellas, y no hay ninguna diferencia entre una y otra. Luego se sentaron en la sala. A través del amplio ventanal, con las cortinas abiertas, se veía una gran parte del círculo de montañas que encierra la ciudad. Jean estaba sentado frente a Nicole, mirándola.

—Ahora estoy en tu departamento —dijo ella.

Y supo que no tenía nada que hacer allí; sin embargo, no iba a moverse.

—Algún día vas a estar conmigo además. No ahora, pero algún día —dijo Jean.

—No —contestó Nicole.

—¿Por qué? —dijo él—. No hay nada que lo impida.

—Quiero a José —contestó Nicole.

—No es cierto —dijo él.

Nicole sintió que esa seguridad la desarmaba, pero era agradable sentirse así, desprotegida y no obstante dueña de sí. Luego, Jean empezó a hablar de su amigo, como si no fuera necesario insistir en la otra conversación. De pronto, Nicole advirtió que había empezado a oscurecer. El contorno de Jean se perdía en una imprecisa media luz confundiéndose con el de los muebles y el espacio tenía una densidad que hacía pensar que el departamento había ido llenándose de agua, de modo que todo flotaba en él dentro de una materia casi palpable que confundía la individualidad de cada cosa. Nicole pasaba casi siempre por esa hora imprecisa en

la facultad, protegida en el aula, entre los demás alumnos, con la atención fija en las palabras del maestro, de manera que, simplemente, al salir, ya era de noche. Ahora, la conversación de Jean parecía estar hecha de palabras aisladas, sin sentido, que llegaban hasta ella rodando como piedras sueltas. Todo se alejaba, se hacía difuso, y ella estaba sola, con una aguda sensación de la realidad de su cuerpo, que se quedaba sin apoyo al no encontrar ninguna resistencia a su alrededor, sino tan sólo esa incierta molicie que lo absorbía y a la que sentía la necesidad de abandonarse. Hizo un esfuerzo y, desde un lugar incierto, muy lejos, las últimas palabras de Jean llegaron con una pesada claridad hasta ella: "...lo importante es decidirse a partir, sólo en el viaje nos encontramos a nosotros mismos..." Nicole trató de recordar de qué estaban hablando. Partir... ¿A dónde? Abandonarse... Miró por la ventana. La larga hilera de montañas, fragmento de un círculo

que no se cerraba, era ahora azul y una delgada aureola luminosa la separaba de la oscuridad que se había impuesto ya más arriba en el cielo. Unas cuantas luces habían empezado a aparecer en su cada vez menos pesada superficie, titubeantes y lejanas como estrellas.

—Es tarde. Tengo que irme —dijo.

—¿A dónde? No tienes que ir a ningún lado —contestó Jean.

Nicole supo que no tenía la voluntad indispensable para decidirse a levantar. Lo que deseaba y rechazaba al mismo tiempo era encontrar el camino hacia un abandono semejante al de la habitación, que parecía haber huido de sí misma, entregándose a una impersonalidad infinitamente más grande que la que tenía ya cuando era posible fijarla en sus propias características y en la que Jean había entrado también, haciéndose intocable y, simultáneamente, omnipresente. Se quedó quieta en el sofá y cuando miró otra vez por la ventana la oscuridad del cielo había

descendido ya sobre las montañas, borrándolas, y las titubeantes luces parpadeaban sobre la noche, en el vacío.

—Prende la luz —dijo.

—No —contestó Jean, con una voz apenas audible, suave en la brevedad de esa única palabra como el frío que llega detenido por un grueso abrigo.

Ahora estaba sentado a su lado y la cercanía de su cuerpo era una oscura meta a la que Nicole sabía que le era imposible llegar. Sin embargo, él tampoco se movió. Estaba allí solamente, a su lado, y no era nadie, pero podría tocarla con sólo extender la mano y esa posibilidad se adentró en el cuerpo de Nicole convirtiéndolo en un puro deseo de ser en ese contacto que la haría verse a sí misma. Una de sus manos se extendió sobre la lana del sofá, indecisa. Dolorosamente, sin ninguna alegría, perdida en su propia oscuridad, Nicole se dio cuenta todavía de que ya no era más que su abandono.

—Jean... —dijo—. Tengo miedo. Tócame.

—¿Quieres realmente? —dijo él.

—Sí.

Esperaba que se acercara oscuro como la noche, cubriéndola; pero sólo le tomó la mano y la obligó a ponerse de pie.

—Ven —dijo.

Nicole entró con él al cuarto de al lado y se dejó desvestir.

—¿Me quieres? —preguntó Jean luego.

Nicole había prendido la luz y miraba en silencio su cuerpo y el de Jean tendidos uno al lado del otro, perfectamente dibujados sobre la colcha oscura de la cama sin deshacer, recordándose de pronto en el cuarto en la casa de sus padres, con José. El cuerpo que veía ahora junto al de Jean era el mismo y era otro. Jean encogió una pierna y ella siguió ese movimiento, asombrada de que pudiese hacerlo.

—¿Me quieres? —volvió a preguntar Jean—. Di que sí, no va a pasar nada.

—No, no te quiero —contestó ella.

Y quizás era imposible explicarlo, pero era verdad; sin embargo, Jean la miró incrédulo.

—¿Entonces? —dijo.

—No te quiero, pero estoy contigo y me gusta —dijo Nicole.

—No es cierto —contestó él.

Apagó la luz y volvió a besarla. Nicole se dejó conducir por ese cuerpo extraño y desconocido, que no era el de José y al no serlo, la hacía otra.

—Es tarde —dijo luego y empezó a vestirse, sin encender la luz.

Jean se quedó en la cama, siguiendo los movimientos de ella.

—¿Vas a ir a la casa hoy? —preguntó Nicole, bajo el dintel de la puerta del cuarto, antes de irse.

—Sí —contestó Jean.

—Te esperamos entonces —dijo Nicole—. Adiós.

▪ ▪ ▪ ▪

No lo quería, pero siguió yendo al departamento, casi todas las tardes y hasta algunos mediodías, cuando al salir de la librería encontraba a Jean
118 esperándola. Él ya no le hacía preguntas sobre su amor, pero creía en él y esperaba, seguro, sin tratar de romper la distancia cuando se hallaban en casa de Nicole, sino, al contrario, marcándola cuidadosamente. Están allí, los tres, José, Nicole y Jean. La tensión ha desaparecido. Nicole no la extraña. Ahora ella está en el otro cuarto. Jean y José hablan más allá de la puerta, en el recogido espacio donde duerme con José todas las noches, y, oyéndolos, está aparte. A veces, su soledad llega hasta ella como una ternura que la envuelve cálida y estrechamente. Luego entra de nuevo al cuarto, se sienta entre Jean y José, ligeramente atrás, en su cama, y los escucha. Hay una seguridad y una paz dentro de la que ninguno de los tres existe o cada uno existe por su cuenta, cerrado. Alguna noche, llega también el hermano de José. Entonces hay que tener más cuidado. La mirada del hermano

hace a Nicole consciente de sí misma y el esfuerzo por mostrarse igual ante él le duele, como si se le hubiera hecho imposible pensar en ella. Pero por eso, la tarde siguiente va, igual que el día anterior, al departamento de Jean. Él también está irritado; pero su irritación la calma a ella.

—A veces no te puedo ni ver.

—¿Por qué?

—Para no llevarte conmigo.

—Hazlo.

—¿De verdad quieres?

—No.

Luego él se aferra al hecho de tenerla en la cama.

—Me gusta que nuestro amor sea así.

—No es un amor —dice ella.

Jean se queda callado, pero trata que siga en el departamento hasta más tarde que de costumbre, en la cama, desnuda y en él, y Nicole cede.

Por la noche, entra a la cocina cuando Nicole está preparando la cena.

—¿Te gustó?

—Mucho.

Jean le da un beso en la boca.

120 —Ve allí —le dice Nicole—. Y lleva los platos.

Jean encontró entonces la manera de que la gente los viera a los tres juntos, fuera de la casa. Habían ido una noche a cenar, los tres, a la casa de los padres de Nicole y se habló del club al que antes iban a nadar ella y José.

—No lo reconocerías, Nicole. Hay una alberca nueva y todo ha cambiado —dijo la madre.

Jean se mostró interesado de inmediato. Nicole sentía una inesperada ternura por él, viéndolo allí, en la antigua casa con su padre y su madre, a Jean, del que no conocía nada, del que no sabía a dónde iba ni de dónde venía. Luego, él se despidió de ella y José al salir de la casa. Nicole lo vio alejarse y tuvo que vencer la tentación de seguirlo. Entonces, se agarró muy fuerte del brazo de José.

—¿Qué tienes? —preguntó él.

—No sé. Estoy triste. Tal vez me he acordado de nosotros antes, como éramos cuando estábamos siempre solos. No me gusta ir a la casa de mis padres.

—Nosotros somos los mismos —dijo José.

—¿Te gustaría que camináramos hasta la escuela? —dijo Nicole.

—¿Cuál?

—La nuestra, no seas tonto —dijo Nicole, sonriendo.

José le acarició el pelo. Caminaron tomados de la mano. La casa ya no alojaba la escuela, pero, vacía y oscura, se levantaba idéntica tras la alta reja de hierro.

—¿Ves? Todo está igual —dijo José.

▪ ▪ ▪ ▪

Poco después, Jean era ya socio del club y empezaron a ir los tres juntos. Nicole en traje de baño otra vez. Una alegría. José la toma de los

pies y Jean de las axilas y la tiran al agua. Al salir a la superficie no vacila en nadar hacia donde está Jean y luego ve que el marido de su

hermana la ha visto. Siente un inesperado dolor y por la noche le dice a José:

—Hace mucho que no me dibujas.

Él hace a un lado el libro que estaba leyendo y la mira.

—Es cierto.

Está en su cama, acostado. Nicole se estira en el sillón.

—¿Te gusté en traje de baño?

—Mucho.

—Debo tener el traje marcado —dice ella—. Dibújame.

Se pone de pie y empieza a desvestirse. José se ha levantado para buscar el block y los carbones, pero no llega hasta ellos, sino que se detiene, mira a Nicole en el centro del cuarto, con la ropa tirada a sus pies, sonriendo ante su propia belleza, y se acerca a ella.

Cuando Jean llama a la puerta, Nicole está desnuda en su estrecha cama y José la dibuja. Toda ella está vuelta hacia sí misma.

—Ve a abrir —dice.

—Ponte la bata antes —contesta José, y guarda el block y los carbones.

—¿Estás enferma? —le preguntó Jean al verla en bata.

—No —contesta Nicole.

—¿Entonces?

José se ríe:

—No seas indiscreto.

Durante toda la noche, Jean parece incapaz de hablar e incapaz de irse. Nicole siente la secreta melancolía de la que tanto Jean como José participan aun sin darse cuenta; comprende que está entre los dos sin pertenecerle a ninguno y sabe que ése es su único lugar. Fue alegre y desolador sentirse fija en su cuerpo, cerrada definitivamente en él gracias a la mirada de José cuando la dibujaba, mientras entre los dos, sin tocar a

ninguno, el recuerdo de su amor se extendía en el espacio del cuarto, llenándolo todo, circundándolos sin tocarlos, como si no fuera algo concreto y tangible que naciera de ellos sino una presencia inasible, independiente, exterior a todo y sin ninguna materia, pero viva e inquietante, triste y alegre: un hecho solitario que busca su dueño, movible como una melodía sin fin que se extendiera sin ningún apoyo, prolongándose sobre sí misma, cuando, un momento atrás, José buscaba llegar hasta ese cuerpo y Nicole no lo reconocía sino que se dejaba tomar por José como si no fuera nadie o fuera todo, encontrando nada más su placer, fuera y dentro de ella al mismo tiempo, disolviendo su persona y volviéndola a dejar después en sí misma, sola, como una puerta cerrada. Ahora, en cambio, la incertidumbre de Jean la acercaba al desamparo de él y le permitía verlo, arisco y triste, ocultando la rabia que le despertaba su separación de ella y José y su desconocimiento, brindán-

dose como refugio y sin saber cómo acercarse, deseando también tal vez, pero sin lograrlo, poder mantenerse aparte, irse, desapareciendo. Y para Nicole entonces Jean era un principio que quizás había que buscar, pero en ese principio no se encontraba más que el mismo amor cuya realidad se ocultaba, retrocediendo tal vez para protegerse, mientras José la tenía sencillamente porque ella estaba a su lado. Desnuda bajo la bata, olorosa con el olor de José, los movimientos de Nicole se hacían lentos y difíciles, como si la sensualidad nacida de su entrega tanto a José como a Jean, al quedarse sin uso, trajera una debilidad que la alejaba de sí, dejando aparte ese cuerpo, expuesto, sin dueño, y entonces su amor parecía acercarse, sólo para perderse de nuevo en seguida, apenas ella trataba de verlo.

Jean se quedó hasta muy tarde, inquieto, buscando estar a solas con Nicole sin lograrlo y, finalmente, para ella, gastada por la imposibilidad de tocar sus propias emociones, sólo había

un cansancio que la despojaba incluso de su belleza y en el que su cuerpo se refugiaba, incapaz de sostener el peso de su libertad, mientras Jean

trataba ahora de hablar con José, sin que Nicole, recibiendo su sonido, quisiera entrar al sentido de las palabras de ninguno de los dos.

Jean: "Te has quedado en un lugar".

José: "He encontrado un lugar".

Jean: "¿Qué significa eso?"

José: "Que sé desde dónde puedo empezar a buscar".

Jean: "¿Y Nicole?"

José: "Está conmigo. Nos movemos juntos. Tú lo has visto".

Jean: "Lo que yo creo es que ella está aparte".

Nicole abrió los ojos. Hablaban de ella y ella no estaba.

—¿No piensan dormir?

—Sí. Hay que dormir. Los dejo —dijo Jean.

Nicole no se movió de su cama cuando él se acercó a darle un beso.

—Hasta mañana —dijo Jean.

—Sí, hasta mañana —contestó ella sonriendo y sintió el deseo y la impaciencia de Jean, desde muy lejos y sin embargo, tocándola.

Luego era José el que se acercaba.

—Quítate la bata.

—Ahora no... —suplicó ella.

—Sólo quiero ayudarte —contestó José.

▪ ▪ ▪ ▪

Al salir de la librería, Jean estaba esperándola.

—Vamos a mi casa.

—No tengo tiempo.

—Tienes que venir.

—Iré por la tarde. Es lo mismo.

—No, ahora —suplicó y ordenó Jean.

En el departamento, sintió que Jean la tomaba y no quería apartarse de esa seguridad que no representaba nada quizás, pero estaba allí, presente, esperándola, acogiéndola, impersonal como el cuarto en el que dejaba suel-

ta su desnudez; sin embargo esa desnudez se encerraba también en la figura de Jean, que fumaba distraído, ausente de pronto, pero cerca. Junto a él Nicole, era simplemente joven y estaba contenta. Acercó su cuerpo al de Jean, pasándole un brazo por encima y lo besó en la mejilla.

—¿En qué piensas?

—En ti, siempre en ti. Tienes que decidirte.

—¿Para qué? Al contrario. No hay nada que decidir.

—Yo lo necesito —dijo Jean entonces.

¿Lo quería? Querer era algo inalcanzable. Pero allí estaba, la felicidad del momento.

—Déjame pensarlo —contestó Nicole.

Sin embargo, era verdad que no había que decidir nada. Las cosas llegaban hasta ella y de pronto eran una realidad. Días después, el amigo de Jean llegó al departamento cuando ellos estaban allí. Jean la presentó.

—Ésta es Nicole.

El amigo extendió la mano, sin ninguna sorpresa. Era un reconocimiento. Nicole sintió cómo su figura pasaba a ocupar definitivamente el lugar de la que él habría ya borrosamente imaginado. En ese lugar, desde mucho antes de tener una imagen concreta, una apariencia que sólo podía ser la suya, ella debería ser ya parte de Jean y del departamento. Nicole recordó las veces que se había encontrado gente en el elevador y pensó que deberían creer lo mismo que el amigo al verla con Jean sin saber quién era ella. Así, había una realidad en la que no era más que de Jean. El amigo se sentó en la sala y de pronto Nicole se aceptó estando también en su lugar, allí.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó al amigo.

Pero luego, al dejar el departamento, sola, rumbo a su casa, nada más era capaz de sentir que la habían hecho parte de algo que no deseaba. Jean se hacía presente sin mostrarse. Ahora también su maestro de latín lo conocía. Jean es-

taba con José una noche al salir ellos de clase y José los había presentado. El maestro no supo de qué lado ponerlo. Ella era de José simplemente, sin ninguna otra posibilidad. Nicole sintió que la nostalgia de su amor se hacía densa y palpable, inundándola, y esa nostalgia era también el amor. No amaba a Jean ni podría amarlo nunca y sin embargo le pertenecía. En el club, el marido de su hermana la mira, satisfecho y malicioso, con un antiguo cariño y la inconmovible solidaridad y la simpatía de siempre. Están acostados sobre los mosaicos calientes, en la orilla de la nueva alberca. José ha desaparecido, Jean nada en la alberca y la madre de Nicole está sentada en una silla de lona, un poco más lejos.

—¿Vas a irte a vivir a Francia? —pregunta el cuñado.

Nicole no contesta. Se queda con la cabeza entre los brazos y cierra los ojos. Es un dolor y una tristeza y al mismo tiempo es como si el cuñado no hablara de ella. Jean había dicho que todo

era casualidad; si siguiera con él, ¿dónde estaría después? Sería otra vida y la misma. Entonces, Nicole siente la necesidad de pertenecerle sólo a José, definitivamente. Es una alegría que llega hasta ella, segura, fuerte, inconmovible, naciendo de su desamparo; pero al levantarse, José no está a la vista. En cambio, Jean sale del agua y se acerca a ella.

—¿Quién soy yo? ¿Soy tu amor? —le pregunta después a José, en su casa ya—. ¿Te acuerdas de lo que éramos nosotros?

Las respuestas de José se pierden en un interminable y árido corredor desnudo y vacío cuyas paredes van estrechándose sin llegar nunca al vértice en que deben juntarse; una tras otra mil puertas se cierran silenciosas, separándola de las palabras de él, cuyo sonido se pierde, como si fueran objetos que caen, alejándose, sin llegar a tocar el fondo. Y no obstante, su amor está cerca, a punto de entrar en ella todo el tiempo, inminente como un amanecer que, sin embargo, se mantiene en el

campo de lo indefinido todavía. Entonces, cuando está con Jean es nada más como si se hubiera dejado olvidada cerca de José y la que estuviese allí fuese tan neutra e impersonal como las paredes del departamento; pero Jean la toma y Nicole llega hasta sí misma a través del placer sólo para encontrar de nuevo un vacío.

—¿Ves? Me quieres —dice Jean.

—No, no te quiero. Eso es seguro —contesta ella, desnuda sobre la cama sin deshacer, sorprendida de su conducta un momento atrás apenas, preguntándose cuál es ésa a la que Jean toma y de la que ella sale de inmediato olvidando su propio placer porque tiene que concentrarse en su amor, ese amor para el que ya no parece haber un espacio.

Jean se levanta y la mira, sin perder la paciencia, seguro de que la tiene y ella, sola en la cama, indefensa, aunque cierra los ojos apartándose, se sabe y se siente recorrida por esa mirada.

▪ ▪ ▪ ▪

Después el amigo de Jean tiene vacaciones y aunque anunció que saldría de viaje casi no deja el departamento. Nicole ha usado su presencia como pretexto para no ir, pero pronto comprende que es inútil: estar cerca de Jean en la calle es como avanzar sin meta, por un camino sin límites. Cuando llegan al departamento y el amigo está en la sala escuchando música, se encierran en la habitación de Jean; pero la música llega hasta ellos y luego tienen que salir. Nicole se ha hecho ya parte de la vida de ambos, parte de ese departamento que no los muestra, en el que antes debe haber vivido otra gente igualmente de paso y después, cuando Jean y su amigo y tal vez ella se hayan ido, vivirán otros, igualmente diferentes también. A Jean le gusta que Nicole haya entrado a la otra parte de su vida de ese modo y ella lo acepta sin saber a dónde se dirigiría en caso contrario, reconociendo su debilidad, consciente de que ha sido y es, también, de Jean. Los dos se sientan en la

sala que llena la música y es como si el amigo no los hubiese dejado en ningún momento.

—¿Preparo café? —pregunta el amigo.

—Deja, yo lo hago —dice Nicole.

Finalmente, el amigo sale de viaje. Cuando Nicole llega con Jean, una tarde, ya no está.

—¿Por qué no se despidió?

—Se despidió de mí hoy por la mañana.

—¿Por qué no me lo contaste?

Jean se encoge de hombros:

—¿Qué importa eso? Sólo va a estar fuera una semana.

Nicole se siente joven e ingenua esperando un orden de cosas que no existe y confiando en él, pero no es algo molesto ni que la disminuya, sino que, al contrario, le da una fuerza. Jean no sabe que mientras están en su cuarto, Nicole extraña la música y el silencio del departamento le devuelve una parte de sí misma, irreductible y que nadie puede tocar. Es como una espera, una ciega confianza en algo que debe mostrarse, un

futuro, un camino que se abre y por el que Nicole avanza sola con su juventud y su belleza.

Pero, al volver, el amigo regresa al trabajo y de nuevo es casi imposible encontrarlo en el departamento. Nicole está sola con Jean y cuando lo ve hablando con José en la casa es como si ahora él manejara esa casualidad de la que le hablase un día y el mundo se hubiese hecho uno y duro, guardándola a ella, cautiva, de modo que no podía dejar de seguirlo. Sin embargo, una tarde, cuando llegaron al departamento, el amigo estaba en su habitación. Nicole se detuvo en el marco de la puerta, apoyando el hombro contra una de las jambas mientras Jean se quedaba a su espalda.

—Hola. Ya no esperaba volverte a ver.

El amigo hizo a un lado los papeles que estaba revisando.

—¿Por qué?

—Te fuiste sin decir nada.

—Iba a regresar en unos días.

—Sí, pero ya lo ves: nunca se te encuentra. El trabajo es peor que las vacaciones.

El amigo buscó un instante los ojos de Nicole.

—Extrañé tu música —dice ella.

Luego, otra vez, estando con Jean en el cuarto, el tocadiscos empezó a funcionar.

—Voy a tener que buscar una casa para nosotros nada más —dijo Jean riéndose.

—Sí —contestó Nicole.

Eso fue todo. El amigo estaba allí y ahora Nicole sabía que pensaba en ella. Nada más. El tiempo no deja de estar en movimiento y uno es conducido por él. Las grandes acciones pierden importancia dentro de su textura sin fin y se es solo y único. Nicole se sentía frágil ante ese enorme espacio desconocido, pero había una secreta luz en la oscuridad, como si al recorrer la noche su mirada encontrara una señal, imposible de reconocer, lejos, igual que las perdidas casas de un puerto que se descubre desde el mar mientras la línea de la costa sube y baja.

—¿Cuándo se te encuentra aquí, sin nadie? —le preguntó al amigo en voz baja un día.

—Mañana por la mañana, si quieres —contestó nada más el amigo.

Jean estaba todavía en su cuarto, vistiéndose.

▪ ▪ ▪ ▪

Al día siguiente, Nicole no fue a trabajar a la librería. José le preguntó cómo era que se quedaba hasta tan tarde en la casa.

—Tengo permiso. Están reacomodando los libros —dijo Nicole.

Entonces, él salió antes.

—¿Comemos aquí?

—Sí —dijo Nicole—. No llegues tarde.

Mientras recorría la casa sin decidirse a dejarla, vio a Píndaro echado en la cama de José. Se sentó en el suelo y puso la cabeza en la cama, de lado, sobre sus brazos, buscando los ojos del gato. No era posible saber si él también la miraba. Sus ojos permanecían impávidos, amarillos,

impenetrables, con la pequeña bola negra en el centro. Quizás extrañaba que le prestasen atención. Píndaro, siempre solo en la casa, entrando y saliendo hasta cuando ella y José no estaban. Nicole sintió que su tristeza era una rebelión que la excitaba. Podía quedarse allí, quieta, entre los silenciosos muebles de la casa. Luego pensó que tenía que avisar en la librería. Allá todo estaría esperándola, adentrándose en la mañana, como siempre. Era absurdo tener que salir y moverse en el mundo. Y sin embargo, en el departamento de Jean también habría alguien esperando. Píndaro se levantó de pronto y se alejó caminando muy despacio, perezosamente, sin reparar en ella. Nicole no pudo quedarse en la casa vacía.

Antes de subir al departamento, atravesó la calle y miró hacia sus ventanas. Las cortinas estaban cerradas. Luego ya estaba en el elevador y el camino hacia el edificio era un recuerdo que se sumaba a otros muchos de sus movimientos en el tiempo, como si éste hubiera querido ce-

rrarse de antemano sobre ese avanzar que no parecía tener lugar ni sentido, sino ser el puro movimiento, desligado de todo, aparte de las firmes apariencias que la rodeaban, tan evidentes y seguras, perdidas en sí mismas como si hubieran cerrado los ojos. Nicole sintió que nunca comprendería el sentido de ese acto único, aislado, que debería convertirla en otra persona, rompiendo una continuidad que de pronto parecía haberla vivido sin su intervención. Pero ahora, en el espacio neutro del elevador, éste avanzaba también, conduciéndola.

Se detuvo frente a la inexpresiva puerta del departamento. Era extraño tener que llamar a esa puerta que Jean había abierto siempre para ella. No me espera nada, pensó Nicole; en tanto había tocado ya y la angustia que la acompañara hasta entonces se disolvía, dejándola sola consigo misma, dueña de su belleza. El amigo abrió de inmediato y se quedó mirándola.

—Viniste... —dijo.

Su evidente admiración hizo sentir más segura aún a Nicole.

—¿Por qué no? —preguntó.

—No sé. No lo esperaba —contestó el amigo.

Nicole sonrió, joven, casi contenta, adentrándose en la admiración de él, como si de pronto no existiera más que un futuro en relación con el cual se encontraba siempre en el principio.

—¿Puedo pasar? —dijo.

—Claro —contestó haciéndose a un lado el amigo, que no había dejado de mirarla.

Nicole entró a la sala conocida. El amigo cerró la puerta y Nicole sintió de pronto que no tenía nada que hacer en esa sala que no era de nadie. Imaginó a Jean, dando sus clases, ignorante de todo. José también estaría allá. Jean dejó de tener cualquier relación con ella. Sólo José estaba presente y al mismo tiempo perdido, ajeno a las acciones de ella, ajeno a la existencia del departamento que las cortinas cerradas aislaban del exterior, ajeno a su amor, y tal vez el amor se

había perdido junto con José, devorado por el movimiento incesante que los conducía, dentro de una única totalidad pero separados, sin verse. Y ahora Nicole estaba en ese espacio que la rodeaba sin tocarla, sola, y tampoco era de nadie. Miró al amigo. Se había quedado quieto también, contemplándola. Nicole sonrió débilmente. El amigo caminó hacia ella y le tomó la mano.

—No —dijo Nicole, soltándose.

—¿Qué pasa? —preguntó el amigo.

Nicole se apartó unos pasos.

—Abre las cortinas —dijo.

—Tú querías venir, ¿no? —contestó él.

—Sí; pero ahora no sé —dijo Nicole.

—No seas tonta. Hace mucho que quieres —dijo él.

—¿Cómo lo sabes? —dijo Nicole.

Él sonrió:

—Lo sé. Eso se nota.

—Estás equivocado —dijo Nicole.

—No —contestó él—. Tú no te conoces.

Entonces volvió a acercarse. Nicole esperó, inmóvil. Él le pasó el brazo por la cintura y sin embargo, de pronto, era como si no estuviese allí.

—No tengo ganas. Ningunas —dijo Nicole.

—No importa. Espera. Tú no sabes —contestó el amigo sin soltarla.

—¿Por qué no sé? —preguntó Nicole, muy bajo, con el cuerpo de él tocándola, cerrando todo el espacio, como si una tras otra, silenciosas, cayeran pesadas cortinas, una tras otra, impidiendo toda visibilidad, obligándola a ceder a la presión de ese cuerpo, desconocido, junto al que el suyo estaba totalmente indefenso.

—Así eres. Yo te conozco —contestó en tanto el amigo; pero Nicole ya no lo escuchaba; sólo sabía de la mano de él desabrochándole la blusa, llegando a sus pechos, y tuvo que pasarle los brazos por el cuello.

—No —susurró todavía.

—Espera —dijo el amigo, tapándole la boca con la suya.

Luego, poco a poco, la oscuridad fue apartándose. Nicole estaba al lado del amigo, en su cuarto, y sentía una ternura que la dejaba sola con su cuerpo. Recogió el cordón que ataba su largo pelo castaño y con él en la mano se levantó y abrió las cortinas. Entonces vio el cuerpo del amigo de Jean en la cama, amable, pero increíblemente distante. Se acercó a él, se inclinó y le dio un ligero beso.

—¿Vas a volver? —preguntó el amigo.

—No sé —dijo Nicole.

Dejó el cordón sobre la cama y empezó a recoger su ropa.

▪ ▪ ▪ ▪

En la calle ya, la mañana parecía empezar apenas. Nicole pensó que todavía tenía tiempo de ir a la librería; pero empezó a caminar sin rumbo. Igual que la fotografía en la que se habían quedado sus dieciséis años, fijos y fuera del tiempo, el amor entre ella y José estaba afuera, inmóvil,

independiente, vivo para siempre, y ya no había que buscarlo. Su luz era una sola, pura y sin límites, extendida sobre Nicole y fuera de ella.

Nicole siguió caminando.

Unión, de Juan García Ponce, se terminó de editar el 3 de septiembre de 2012. En su composición, a cargo de Patricia Luna, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.